



# Escritos

*revista universitaria  
de arte y cultura*

ISSN 1316-6204

Escuela de Artes  
Facultad de Humanidades y Educación  
Dirección de Cultura  
Universidad Central de Venezuela  
Año 15 - III Etapa  
Número Especial 17-18 - 2003

Caracas - Venezuela

## TEXTOS DE RAMÓN L. DE LA PLAZA SOBRE ARTES PLÁSTICAS VENEZOLANAS

(Recogidos y transcritos por  
José María Salvador G.)

En el marco del programa emprendido por *Escritos* para rescatar documentos que permitan reconstruir con el debido rigor la historia de las manifestaciones artísticas de Venezuela, transcribimos hoy una serie de textos sobre crítica de las artes plásticas, producidos por Ramón Lorenzo de la Plaza, prestigioso musicólogo, crítico y protohistoriador del arte venezolano del último tercio del siglo XIX.

No es nuestro cometido ofrecer en esta breve nota introductoria una biografía exhaustiva —ni siquiera un apunte somero— de tan interesante personaje. Semejante tarea ha sido cumplida ya con gran solvencia por Linda D'Ambrosio Morales en su ineludible trabajo sobre la vida y la estética de Ramón L. de la Plaza (Tesis de Maestría en Estética, defendida con todos los honores en marzo de 1999, evaluada con la máxima calificación y Mención Publicación),<sup>1</sup> tesis a la que deberá remitirse todo aquel que desee conocer a fondo la personalidad y la doctrina de dicho autor en materia de artes visuales.

Nacido en Caracas hacia 1832, Ramón L. de la Plaza comenzó a publicar en la prensa caraqueña a fines de la década de 1860 —y, de modo muy especial, desde 1870 en el diario *La Opinión Nacional*— una serie de artículos sobre diversos tópicos artísticos, cuyos focos

<sup>1</sup> Linda D'Ambrosio Morales, *Ideas estéticas de Ramón de la Plaza*, Caracas, Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Maestría en Estética, marzo 1999 (Tesis presentada para optar al título de Magister).

*Trabajando en el Terzo Carreño*  
Foto Luis Brito

ESCRITOS, REVISTA UNIVERSITARIA DE ARTE Y CULTURA

de interés fueron casi siempre la música, las artes plásticas y el teatro. En esas disquisiciones —escritas en un estilo ampuloso e hiperbólico *démodé*, no exento de confusiones ni errores— el autor hace gala de un conocimiento bastante profundo de las materias tratadas, lo que revela, sin duda, la lectura acuciosa de pensadores y manuales a la moda, que sólo en raras ocasiones se permite citar expresamente. Con la tranquilizadora seguridad que le proporcionaban semejantes autoridades, nuestro autor trató de asimilar y reelaborar tan diferentes insumos a través del tamiz de sus peculiares gustos y sus prejuicios ideológicos, hasta llegar a conformar un “sistema” estético un tanto confuso, heterogéneo y ambiguo, en el que combina en precario equilibrio —cuando no en franca contradicción— opciones ideológicas de la más diversa raigambre y significación.

Como quiera que sea, de la Plaza se labró desde muy temprano entre sus compatriotas merecida fama de refinado crítico y de indiscutible experto en asuntos de música y artes plásticas. A nadie pudo sorprender, por ende, que a mediados de 1877 el presidente de la República, Francisco Linares Alcántara, lo designase director del recién creado Instituto de Bellas Artes, cuya solemne inauguración, en presencia del Dr. Raimundo Andueza Palacio, Encargado de la Presidencia de la República, se produciría en la mañana del 28 de octubre de 1877, en acto durante el cual el flamante director pronunció un rimbombante discurso (que reproduciremos en la sección “Documentos”).

De la Plaza dirigirá con su habitual ferviente entusiasmo el Instituto de Bellas Artes desde su apertura en octubre de 1877 hasta la lenta e indetenible muerte por inanición de dicho centro hacia 1880, como consecuencia de la maquiavélica desidia del “Reivindicado” Guzmán Blanco, nada interesado en prolongar la vida de una institución que, aunque concebida por él mismo, portaba, sin embargo, la fatídica etiqueta de haber sido decretada e inaugurada por su odiado sucesor Linares Alcántara.

TEXTOS DE RAMÓN L. DE LA PLAZA SOBRE ARTES PLÁSTICAS  
VENEZOLANAS (RECOGIDOS Y TRANSCRITOS POR JOSÉ MARÍA SALVADOR G.)

Los textos que, con otros fines investigativos, hemos logrado rastrear y transcribir de Ramón L. de la Plaza se agrupan en torno a los siguientes núcleos temáticos:

- a) artes plásticas
- b) música
- c) teatro
- d) documentos administrativos.

Para efectos de este aporte inicial a la sección “Documentos” de *Escritos*, nos hemos restringido sólo al primero de esos rubros. Por si fuera poco, dentro de ese ítem hemos seleccionado apenas catorce textos, referidos al análisis de la pintura venezolana, excluyendo de entrada los escritos sobre el arte clásico o el europeo del período. Preciso es señalar que, debido a la gran cantidad de páginas en que se materializaron esos catorce documentos, nos hemos visto constreñidos a renunciar por ahora a transcribir otros textos del mismo autor sobre artes visuales, a pesar de que algunos de los no incluidos ahora son tanto o más relevantes que los escogidos a la postre.

Entre los seleccionados están los cinco artículos que nuestro autor redactó para analizar las obras de arte presentadas en julio de 1883 en la célebre Exposición Nacional del Centenario de Bolívar, trabajos artísticos exhibidos en el Palacio de la Exposición de Caracas junto a un heteróclito acopio de productos agrícolas, pecuarios, industriales, artesanales y antropológicos de Venezuela. Esos cinco artículos de Ramón de la Plaza sobre el segmento de “Bellas Artes” de la Exposición del Centenario —en la que él mismo, además de crítico respetado, fungirá además como influyente Jurado de premiación— aparecerán publicados en cinco entregas (los días 13, 16, 18, 21 y 23 de agosto de 1883) de *La Opinión Nacional*, antes de ser incluidos por él mismo en su célebre libro *Ensayos sobre el arte en Venezuela* (1883).<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Ramón de la Plaza, *Ensayos sobre el arte en Venezuela. Ofrenda al Libertador en su Primer Centenario. Impresa por disposición del Ilustre Americano, Regenerador, Pacificador y Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, General Guzmán Blanco, 24 de julio de 1883*, Imprenta de “La Opinión Nacional”, Caracas, 262 pp.

en el que reúne un conjunto de textos de muy distinta índole y enfoque, escalonados entre 1870 y 1883. Esos mismos cinco artículos de nuestro crítico en *La Opinión Nacional* serán, a su vez, recogidos y reeditados por Adolf Ernst en el segundo volumen del libro que reseña la totalidad de la Exposición del Centenario,<sup>3</sup> volumen éste que vería la luz poco después de la muerte del aún joven crítico. Ramón de la Plaza, en efecto, falleció en Caracas a las 5 de la mañana del 15 de diciembre de 1886, a la temprana edad de 54 años.

José María Salvador González

#### DOCUMENTOS

Nota: Hemos respetado en la transcripción de los documentos la peculiar sintaxis, redacción, ortografía y puntuación originales.

#### 1

CARTA DE RAMÓN DE LA PLAZA AL INGENIERO Y GENERAL JULIÁN CHURIÓN SOBRE CUESTIONES ESTÉTICAS (25 ENERO 1872)

"Bellas Artes", *La Opinión Nacional*, Caracas, 25 enero 1872, p. 1, 1ª-2ª col.

Señor Julian Churion, ingeniero de la República

En el desierto del egoísmo, decaído el ánimo por esa indiferencia glacial que anuncia la estagnación completa del progreso en un pueblo que parece hundirse en la oscura servidumbre de la barbarie, es grato al corazón oír el eco de una voz lejana que responde benévola a la nuestra; y bajo la doble égida de la ciencia y del arte prestar

<sup>3</sup> Adolf Ernst, *La Exposición Nacional de Venezuela en 1883. Obra escrita de orden del Ilustre Americano General Guzmán Blanco por A. Ernst* (Publicación del Ministerio de Fomento). Caracas, Imprenta al vapor de La Opinión Nacional, 1884-1886, 2 vols.

Todas las formas del pensamiento tienen su razón de ser; y si la ciencia, fría investigación de la materia, en su lenguaje mitológico nos traduce la existencia de los hechos, la literatura tiene también el lenguaje de las ideas, como la música el del sentimiento. Suponed por un momento el mundo en el vacío, sin las creaciones imaginativas que fundan las artes, y solo con el microscopio, el telescopio y el escarpe (sic) para comprobar las propiedades de la materia, y la humanidad, en esa terrible desolación morirá aspirando esa atmósfera asfíctica (sic) que huela el alma, que seca el corazón.

Por esto desde los tiempos más remotos las artes han tenido lugar preferente así en la historia como en la literatura de todos los pueblos, y la música llegó a ser el arte divino que en sus interpretaciones maravillosas revelaba los misterios de la creación. Sin solución de continuidad para el arte entre la antigüedad pagana y el mundo cristiano, los hebreos tomaron de los griegos, como éstos de los egipcios sus teorías y principios. Osiris y Jehovah fueron glorificados igualmente en cánticos que resonaron en los templos de Baal y de Júpiter. San Gregorio fue el representante del arte cristiano, y San Agustín formó de los modos griegos los tonos principales del canto llano. San Ambrosio en Milán, San Agustín en África, San Isidoro en Sevilla adoptaron las palabras de los himnos cristianos a los cantos populares; así es que, es en el templo y en la sinagoga que el arte levantó sus primeros monumentos; allí donde los hombres de la ciencia guardaron cuidadosamente toda la grandeza de su originalidad, todo el misterio de sus bellezas y todo el interés y atractivo de sus concepciones poderosas, que transmitieron a las futuras generaciones, como germen fecundo del desarrollo incomparable y de la perfección que ha alcanzado el arte en los tiempos modernos.

Cuando en época más propicia logre nuestro país los gloriosos destinos de su civilización, cuando tengamos que ocuparnos de la historia, de los monumentos y de las ruinas del arte, encontraremos también en los altares del santuario la cuna que lo arrulló en su infancia, brillando en sus anales las páginas inmortales que produjo

valioso apoyo al pensamiento civilizador de establecer la enseñanza musical obligatoria en nuestras escuelas.

Con frecuencia ha sido la música para la ignorancia de los hombres de ciencias y de letras, en el arte, pasto abundante de teorías y sistemas que levantan la hipótesis a las más absurdas abstracciones, y que mal pueden explicar su verdadero carácter estético.

En su tratado de la razón, el filósofo Kant, desconociendo la grandeza y los resortes múltiples de la música, la define: —"El arte de expresar por medio de los sonidos una sucesión agradable de sentimientos."— Goethe, declarándose profano en el arte de sus contemporáneos Mozart y Beethoven, asegura, sin embargo, que "la música enferma que espesa las emociones débiles, sentimentales y melancólicas, es bastarda." — Voltaire que se reía de la humanidad, decía a su vez que la música no le asustaba.

No embargante esas extrañas aberraciones, abortos informes de la filosofía sin el arte, otros espíritus pensadores, penetrando en la importancia de la música, explican en ella la palabra del alma sensible, como en el lenguaje la palabra del alma intelectual. En efecto, los sonidos sin tener la significación de la frase, en el sentido preciso de la palabra articulada, dejan sin embargo en la imaginación un vasto campo a la interpretación; y las imágenes que evoca, infinitas como sus formas, sin poder someterse al análisis riguroso del razonamiento, desenvuelven en el sentido más elevado las facultades delicadas del sentimiento; el sentimiento que, en el arte, es el alma donde se refleja la potencia creadora que es la imaginación.

No pueden pues de ninguna manera ser extrañas a la ciencia las obras de la imaginación, sin cuyo auxilio nulas serían sus investigaciones. ¿En dónde encontraríamos esas leyes, esas fuerzas, esas atracciones de que nos habla la física sin la hipótesis, esa forma de la imaginación? ¿Las matemáticas sin la observación, cómo generalizaría sus reglas aplicándoles axiomas que son indemostrables? ¿Cómo explicaría la ciencia la teogonía de las religiones, la existencia de Dios, la naturaleza de nuestro ser, la inmortalidad del alma?...

el genio, hasta entonces si no ignoradas, mal comprendidas y peor estimadas. Examinaremos con interés esos archivos, leeremos con profunda veneración los nombres de Olivares, fundador de la primera escuela de música. Meseron, profesor eminente, ingenio claro que cultivó con provecho la ciencia del arte y produjo obras diversas de elevado pensamiento, de gracia ingenua y esmerado estilo. Carreño, cuyas combinaciones armónicas rivalizan con las de Mozart. Velazquez, compositor delicado, de fácil concepción, guarda la verdad de expresión y el gusto ático en sus melodías religiosas. Lamas, el artista inspirado que allí en el Vaticano, llenó la inmensidad de sus bóvedas con las armonías celestes de su "Popule meus." Educado en el respeto del austero Palestrina, su obra sigue los pasos del ilustre maestro sin perder por ello su propia originalidad. Lleno de sentimiento y ternura alcanza las melodías belinianas (sic) en su delicado "Domine meus" que respira desde la primera hasta la última nota, el sentimiento de la fe más elevado. Su inspiración es siempre sostenida y tiene de Mozart las grandes líneas y el misticismo del pensamiento. Entre otros, los nombres no menos ilustres de Gallardo, Mendible, Mármol, Montero, Marín y Colonos terminan el ciclo del arte clásico en Venezuela; y en un porvenir no lejano, cuando sus hijos, convertidos hoy en langostas del Egipto para talar y destruir sin piedad la riqueza de sus campos, abandonen el arte de la matanza; cuando el rencor incisivo que engendran las posiciones políticas y revolucionarias desaparezcan en la unión cordial de la conveniencia de las ideas y de los legítimos intereses, entonces a las tinieblas de la barbarie sucederá la luz que torna la inteligencia a la vida de la civilización y del progreso, que marcan en las artes su mayor desarrollo. Entonces con pena en el corazón y rubor en el semblante contemplaremos, como las ruinas de la Roma antigua, esos monumentos de nuestros artistas que yacen en el ingrato abandono del olvido, y que han de servir a nuestro renacimiento como sirvieron a los cristianos los cantos de los fragmentos de la oda pítica de Píndaro en la antigüedad pagana.

Empeñemos, pues, nuestros buenos deseos en esta labor: y U, hombre de ciencia y amigo del arte, será uno de los mejores obreros

que levante sobre las ruinas de éste el magestuoso templo de su engrandecimiento. Bermúdez Cousin, el inteligente amigo que dirige con habilidad los destinos de ese Estado, le ayudará, no lo dudo, en su propósito; y no haya temor que, entendido como es en el arte de gobernar, pueda recordarse aquella frase discreta del conde d'Anjou a Luis XIV: "Sachez, Sir, qu'un roi sans musique est un âne couronné."

R. de la Plaza.

Caracas, enero 25 de 1872

2

DISCURSO ESTÉTICO DE RAMÓN DE LA PLAZA EN EL BANQUETE OFRECIDO POR JAMES MUDIE SPENCE A LOS INTELLECTUALES Y ARTISTAS VENEZOLANOS EN EL CAFÉ DEL ÁVILA DE CARACAS EL 28 DE JULIO DE 1872

"Crónica del banquete", *La Opinión Nacional*, Caracas, 29 julio 1872, p. 2, 4<sup>a</sup>-5<sup>a</sup> col., y p. 3, 1<sup>a</sup> col.

[Relatando el banquete ofrecido por James Mudie Spence a los artistas, intelectuales y políticos en el caraqueño Café del Ávila, el cronista, después de sintetizar las ideas de los discursos pronunciados por J. M. Spence, Antonio Leocadio Guzmán y Eduardo Calcaño, transcribe literalmente el siguiente discurso de Ramón de la Plaza:]

Señores:

En una fiesta de las artes promovida por el señor Spence, bajo los auspicios del Gobierno de Venezuela, séame permitido expresar un pensamiento que debo al propósito que la anima en sus tendencias civilizadoras.

240

Iliada, Virgilio, en su Eneida nos canta en verso fácil y armonioso la epopeya de Roma, Dante desciende con Virgilio a las regiones precitas, muéstrale los errores de la humanidad, y anatematiza los vicios los crímenes en el castigo de los réprobos. Milton en su Paraíso perdido, Klopstock en su Mesiada, Herclilla (sic)<sup>4</sup> en su Araucana, Voltaire en su Henriada, son los reveladores de ese mundo ideal que tejieron su obra de oro y seda para brillar diamantina al través de la severa realidad histórica.

Y al hablar de la poesía hablamos también de la música, que es la poesía de los sonidos; de la pintura, que es la poesía de los colores. Creadas en una misma inspiración, compañeras inseparables, han seguido paso a paso el curso progresivo de su desarrollo y perfección.

Asistiendo poderosamente las artes al movimiento de transformación operado en el Renacimiento, cobran la música y la pintura la importancia de su elevado carácter. Palestrina, Haydn, Rameau, Bach, Mozart, Beethoven, Weber, Boieldieu (sic),<sup>5</sup> Rossini, Donizetti (sic),<sup>6</sup> son los profetas inspirados que han encantado el mundo con las producciones armoniosas de sus genios.

Rafael, Leonardo de Vinci, Corregio (sic),<sup>7</sup> Ticiano, Miguel Ángel y tantos otros dieron brillo y prestigio a sus paletas para fundar sus escuelas, y establecer en la armonía de sus colores la divina grandeza del arte.

Así vemos, en las evoluciones históricas, alcanzar mayor gloria y mejor nombre a su memoria, los pueblos que cultivaron con pasión las obras imaginativas, haciendo de la potencia artística la panacea poderosa de su engrandecimiento. Recuérdense los siglos de Pericles, de Augusto, de Francisco I para realzar los nombres en la historia contemporánea, de Victor Hugo, de Lamartine, de Meyerbeer, de Rossini, de Ingre (sic), de Delaroche, de Canova, de Pradier.

<sup>4</sup> Por Enclila.

<sup>5</sup> Por Boieldieu.

<sup>6</sup> Por Donizetti.

<sup>7</sup> Por Corregio.

242

En medio del oscurantismo que en las edades remotas envuelve el espíritu de las naciones, aparecen las falsas doctrinas de una filosofía que, haciendo de la obra de Dios la creación menguada del materialismo, diviniza en sus altares la corrupción de las costumbres, la embriaguez de los vicios, la voluptuosidad de los placeres. Época degradada de la historia, en que la incredulidad y el fanatismo, el lujo y la indigencia, el goce y el sufrimiento, el crimen y la virtud, la opresión y la servidumbre en desleal maridaje forman el caos de una sociedad hundida en las tinieblas de la barbarie.

La naturaleza muda, como la estatua de la fábula, oculta en sus entrañas las maravillosas tendencias de sus designios, y nuevo enjendro prepara a las generaciones venideras en el arte, que brota como la luz creadora que ilumina esplendente la secreta y armónica grandeza de sus misterios. Como el cristianismo, aparece el arte en el mundo redimiendo la humanidad, marcando con huella luminosa el progreso intelectual, moral y material de los pueblos. La poesía, la música, la pintura y la escultura bajo la ruborosa inspiración del sentimiento se unen en una sola admiración, para realizar en sus concepciones la creación de la belleza, que es la obra del arte en todas sus manifestaciones.

El hombre, limitado e sus medios de acción, impotente su razón para descubrir las verdades eternas, puso Dios en sus facultades la imaginación para crear con el arte, ese mundo infinito de las armonías que interpretan su obra en el gran cuadro de la naturaleza. Lleno el espíritu en el logro de sus aspiraciones, el arte aclara sus dudas, fortifica sus creencias, suaviza sus costumbres, aduerme sus penas, alegría su soledad, y le muestra en los dilatados horizontes del progreso, el valioso concurso de su éjida protectora.

En las florestas sagradas de la India, en las montañas del Líbano, en los promontorios de la Grecia, en las brumas del Norte la divina diosa de la poesía canta embelleciendo la vida de las naciones. La antigua Grecia cuya religión no fue sino la poesía dedicando las fuerzas misteriosas de la naturaleza, nos la recuerda Homero en su

241

Quitad al pensamiento, quitad al corazón esas obras sublimes del arte, esos tipos sublimes de Hamlet, de Desdémona, de Don Juan, de Fausto; esas creaciones de Leonardo de Vinci, de Rafael, de Lorrain; esas sinfonías inmortales de Beethoven, esas melodías profundas de Mozart, y el alma quedará solitaria en ese mundo inanimado de la materia que la asfixia.

Espíritus superiores que han embellecido la humanidad trasportándola en el éxtasis de sus armonías, nosotros conservaremos sus obras como un depósito sagrado, y sus nombres en el recuerdo santo de nuestro corazón —para ellos la única inmortalidad que no puede negarse— la inmortalidad del genio en la memoria de los hombres.

Cuarenta años han transcurrido para que Venezuela vea por la vez primera y bajo la generosa égida de un extranjero, que pródigo derrama en ella los beneficios del progreso, la exposición de las obras artísticas de nuestra juventud. Cuarenta años que en la estoica indiferencia de nuestros gobiernos se han ahogado los esfuerzos de esa juventud llena de ingenio, y que trata sin embargo de levantarse al sólo impulso de sus propias inspiraciones. Cuarenta años en que se ha pensado en todo, menos en los efectos saludables que reporta el país con el cultivo de las artes, en un pueblo esencialmente espiritual.

Es consolador sin embargo, ver en este lugar presidiendo el banquete de las artes, los representantes de la nueva era que abre el general Guzmán Blanco a los destinos de la patria; y mucho hai que esperar de su ilustración y patriotismo, comprendiendo que los pueblos llenan la más ingente de sus necesidades, y satisfacen la más justa de sus aspiraciones, en el cultivo de las artes que es el cultivo de su inteligencia.

Brindo, pues, señores, por el Gobierno nacional que ha de llevar a buen término nuestros deseos, dando la mano al arte para levantarlo de la postración en que se hunde; y por el hidalgo caballero Spence que ha sabido apreciar, honrar y estimular en esta fiesta el talento

243

artístico de nuestra juventud, indicando también a Venezuela el camino que debe trillar para su progreso y civilización.

3

CONSIDERACIONES DE RAMÓN DE LA PLAZA SOBRE LOS MALOS USOS DE LA CRÍTICA DE ARTE, ES ESPECIAL LA REFERIDA A LA MÚSICA Y EL TEATRO (28 MAYO 1875)

Ramón de la Plaza, "La crítica en materia de arte", *La Tertulia*, Tomo IV, n° 2, Caracas, 28 mayo 1875, pp. 25-26.

Al descubrir en el estudio comparado de las artes, la ley común é invariable que forja en la estética el grandioso designio de su filosofía; al penetrar en esa vía dolorosa que ha de recorrerse paso á paso con la resignación del sacrificio, oponiendo á las crudas labores y á los esfuerzos persistentes, la fe inquebrantable del mártir que aguarda en su porvenir lejano la justa recompensa de sus merecimientos; al considerar esas tan frecuentes miserias de la vida, en que el buen éxito de hoy es necesario para el alimento de mañana, y que el artista al exhibirse en el banco de los acusados, no solo pone en nuestras manos el pan cotidiano (sic), sino también su reputación, es decir, su existencia física y moral, fuerza es que la crítica, en su elevado sacerdocio, ajena al espíritu de prevención y de malevolencia que condena anticipadamente, muestre el estudio concienzudo, la madurez de reflexión y la imparcialidad debidos al carácter sagrado de un juicio cuyo fallo apoyado en los méritos del proceso sea obra de justicia y de satisfacción para el juez, como prenda de seguridad para el juzgado.

Usanza finesta es el apreciar de ligero y sin criterium (sic) las obras de arte, conviniendo al entusiasmo de las cabalas los elogios exajerados que dan vértigo, y á los espíritus mezquinos, la denigración

juicio una gran parte del público oficioso que presta siempre mayor razón á quien mas alto grita, y mide en mucho la importancia de sus apreciaciones por los denuosos que á destajo arroja implacable sobre la reputación de su víctima. Tanto así es causa de complacencia y satisfacción el denigrar eterno de esas naturalezas rebeldes que parecen condenadas á sufrir el martirio de la gloria ajena.

Y no se piense que, por injusta y finesta esa manera de juzgar, sea exclusiva del espíritu contemporáneo; que bien sabemos que en todas las épocas, y en todos los países, los caracteres mas nobles, los mas distinguidos artistas, con dolorosas impresiones la (sic) pagaron tributo innmerecido.

Si á la obra lírica nos hemos de referir, hable de los contemporáneos (sic) Rossini, condenado sin piedad por la malevolencia é ignorancia de un público, á sufrir horrible bafa en la aparición de su *Barbero de Sevilla*. Díganlo las mismas angustias de Donizetti, cuando su inmortal *Lucia*, no comprendida aun, destrozaba su corazón la glacial indiferencia de sus jueces en el teatro de San Carlos. Comparezca Bellini, el cisne de la *Sonámbula*, y muestre en la sentida carta que dirige á su amigo, la grandeza de un dolor resignado ante el capricho injusto de esos juicios inconvenientes y apasionados.

Ese precioso documento dice así:

"Querido Florino:

"Te escribo bajo la suprema impresión de un dolor acerbo que mal puedo expresar, pero que tú solo puedes comprender.

"Vengo de la Scala.

"Primera representación de la *Norma*.

"Habrás de creerlo? *Fiasco, fiasco, fiasco solemne!!*

"Debo confesarte que el público se ha mostrado mui severo. No parece sino que haya venido expresamente para juzgarme y condenarme con alguna lijereza, así lo creo al menos, mi pobre *Norma* ha sufrido la misma suerte de la *Sacerdotiza* (sic). No he podido

sistemática que irrita. Y si la crítica, como decía Madame Stael (sic),<sup>8</sup> es un contrato de moral, en el cual haya de mostrarse poderosa la conciencia de la verdad; la envidia que calumnia y la hipóbole que miente, sin ser medios que estimulan, pervierten el juicio público inspirándole la indiferencia o el disgusto.

Sin embargo, admirar el mérito reconocido exajerándolo, es del carácter benévolo de una crítica que, por inocente, no daña; al propio tiempo que, andar á caza de errores intangibles para denunciarlos como graves defectos; desanimar con la amargura del anatema, negando siempre una sonrisa al que empieza, sin adormir (sic) jamás con una gota balsámica la herida del que sufre, es estar la obra meritoria de esas nulidades incapaces de producir; y que buscan en tan ingrata labor el poder de su impotencia.

Así es cosa que por sabida está como olvidada, el prurito de los impotentes de hablar de poesía, cuando hacedores de malos versos, fáltales el sentimiento y la inspiración; tratar de literatura, no habiendo hojeado las páginas de un solo libro; apreciar la obra escénica sin haber visto ni oído cosa que se la (sic) parezca; hacer una revista musical ignorando las notas y los intervalos de una escala, al solo favor de un diccionario del arte cuya tecnología los endurece en sus propósitos.

Para ciertas entidades pesimistas, es mayormente el privilegio de no haber hecho nunca nada y estar constantemente armadas del foete de la sátira para castigar toda obra que no lleve el sello de la autoridad de la cosa juzgada. Racine y Corneille escribieron para morir con ellos la tragedia. Miguel Anjel y Rafael elevaron la arquitectura y la pintura á donde no es posible á ningún otro alcanzarlas. Fuera de las armonías de Rossini y de Verdi, nada hay que merezca la pena de ser oído y solo Fraschini y la Patti pueden halagar con sus melodías los delicados tímpanos de esos farsantes de *primo cartel*.

Así la crítica unas veces por insuficiente y otras por apasionada, falsea el mérito de las obras mas serias, haciendo cómplice de su

<sup>8</sup> Por Madame de Stael.

reconocer esos queridos milaneces (sic) que con la alegría en el semblante y el fuego en el corazón acogieron *El Pirata*, la *Straniera* y la *Sonámbula*; y sin embargo, creí presentarles en *Norma* una digna hermana... me he equivocado, mis esperanzas se han desvanecido.

"A pesar de todo, con el corazón en los labios debo decirte. Si es que la pasión no me ciega, la introducción, la cavatina de *Norma*, el dúo de las mujeres, con el trío que sigue, el final del primer acto; y luego el otro dúo de las mujeres, y todo el final del segundo acto que empieza por el himno de guerra, son trozos de música que me agradan tanto... que mui feliz sería si en lo adelante, en el curso de mi vida artística, pudiese hacerlos parecidos... Basta!!!

"En las obras teatrales, el juez supremo es el público. Pienso, sin embargo, en la apelación de la sentencia que ha dictado contra mí y si alguna vez torna á desengañarme, me habré entonces vindicado proclamando la *Norma* la mejor de mis óperas; de lo contrario, habré de resignarme con mi triste suerte, y recordaré para mi consuelo que los romanos salvaron la *Olimpia* del divino Pergolesi (sic).<sup>9</sup>

"Salgo por el expreso, y pienso llegar á Nápoles antes que la presente. Ella ó yo te harán sabedor de la triste suerte de mi *Norma*, silbada. No te aflijas, querido Florino. Soi joven, y siento en mi alma fuerzas suficientes para levantarme de esta caída terrible."

Esa página desgarradora realizada por la modestia y la elevación de espíritu, es el proceso mas elocuente que levanta la posteridad contra esos juicios impremeditados que aprueban sin estudio y condenan sin reflexión las obras mas acabadas del arte.

¿Cuánta no debió ser la satisfacción de Bellini al ver realizado su pronóstico, proclamándose triunfal la *Norma*, como la primera de sus inmortales producciones? ¿Y cuántas obras maestras corrieron igual suerte en su origen, tomando luego para ella (sic)<sup>10</sup> los honores de la gloria y la vida de la inmortalidad?

<sup>9</sup> Por Pergolesi.

<sup>10</sup> Por ellas.



juicio una gran parte del público oficioso que presta siempre mayor razón a quien mas alto grita, y mide en mucho la importancia de sus apreciaciones por los denuos que á destajo arroja implacable sobre la reputación de su víctima. Tanto así es causa de complacencia y satisfacción el denigrar eterno de esas naturalezas rebeldes que parecen condenadas á sufrir el martirio de la gloria ajena.

Y no se piense que, por injusta y funesta esa manera de juzgar, sea exclusiva del espíritu contemporáneo; que bien sabemos que en todas las épocas, y en todos los países, los caracteres mas nobles, los mas distinguidos artistas, con dolorosas impresiones la (sic) pagaron tributo innmerecido.

Si á la obra lírica nos hemos de referir, hable de los contemporáneos (sic) Rossini, condenado sin piedad por la malevolencia é ignorancia de un público, á sufrir horrible bafa en la aparición de su *Barbero de Sevilla*. Díganlo las mismas angustias de Donizetti, cuando su inmortal *Lucía*, no comprendida aun, destrozaba su corazón la glacial indiferencia de sus jueces en el teatro de San Carlos. Comparezca Bellini, el cisne de la *Sonámbula*, y muestre en la sentida carta que dirije á su amigo, la grandeza de un dolor resignado ante el capricho injusto de esos juicios inconvenientes y apasionados.

Ese precioso documento dice así:

"Querido Florino:

"Te escribo bajo la suprema impresión de un dolor acerbo que mal puedo expresar, pero que tú solo puedes comprender.

"Vengo de la Scala.

"Primera representación de la *Norma*.

"Habrás de creerlo? *Fiasco, fiasco, fiasco solemne!!*

"Debo confesarte que el público se ha mostrado mui severo. No parece sino que haya venido expresamente para juzgarme y condenarme con alguna lijereza, así lo creo al menos, mi pobre *Norma* ha sufrido la misma suerte de la *Sacerdotisa* (sic). No he podido

Artista por intuición bebió de la naturaleza la savia que había de nutrir su genio verdaderamente creador; así sus obras, como suaves emanaciones, brotan de su pincel aromadas de purísima ciencia. Allí la verdad campea soberana como principio absoluto de la belleza; y la naturalidad de la composición, la brillante intensidad del colorido, la corrección extremada del dibujo, el juego de la luz en tan variada manera, alcanzan á realizar al propio tiempo, el vuelo de la concepción, la idealidad del pensamiento, y ese no sé qué de encanto indefinido que entraña la obra creada bajo la ruborosa inspiración del sentimiento.

Enjendra el arte la belleza, como ensancha y ennoblece el sér mortal del artista. Si Bolet con la conciencia de su genio, prodigó las grandezas de sus revelaciones, nunca anidó en su corazón el egoísmo de esa riqueza que atesoraba para bien de todos.

Poseído de ingenuo espíritu cristiano, interrumpida á las veces ese diálogo que le absorbía, para ocuparse del ajeno interés olvidando el suyo propio. Extraño al orgullo ambicioso y á la vanidad corruptora, sosteniale la fé que espera en lo porvenir la recompensa á sus esfuerzos.

Y humilde y sereno marcha en pos de la deidad que lo fascina... Infeliz! La obra del arte es de redención, y la redención es la cruz, es el calvario. La esponja empapada en la amarga hiel, humedecerá sus labios, su corazón verterá sangre, su espíritu se irá estinguendo en las agonías supremas de la vida, y al término de la vía dolorosa, inclinará la rente coronada de espinas, para espirar en el exterior del desengaño.

No de otra suerte pudo decir Ballanche: "El genio no ha nacido á la vida para ser feliz, sino para ser grande."

Como herencia de la gloria inmortal del artista, quedarán en el mundo sus obras y su nombre. De la virtud del genio, de la grandeza del martirio, queda un sepulcro!...

Osemos penetrar en el santuario que guarda las sagradas cenizas. Descorramos el velo que cubre esa tumba, y dejemos que luzcan sus

reconocer esos queridos milaneses (sic) que con la alegría en el semblante y el fuego en el corazón acogieron *El Pirata*, la *Sraniera* y la *Sonámbula*; y sin embargo, creí presentarles en *Norma* una digna hermana... me he equivocado, mis esperanzas se han desvanecido.

"A pesar de todo, con el corazón en los labios debo decirlo. Si es que la pasión no me ciega, la introducción, la cavatina de *Norma*, el duo de las mujeres, con el trío que sigue, el final del primer acto; y luego el otro duo de las mujeres, y todo el final del segundo acto que empieza por el himno de guerra, son trozos de música que me agradan tanto... que mui feliz sería si en lo adelante, en el curso de mi vida artística, pudiese hacerlos parecidos... Basta!!!

"En las obras teatrales, el juez supremo es el público. Pienso, sin embargo, en la apelación de la sentencia que ha dictado contra mí y si alguna vez torna á desengañarme, me habré entonces vindicado proclamando la *Norma* la mejor de mis óperas; de lo contrario, habré de resignarme con mi triste suerte, y recordaré para mi consuelo que los romanos silvaron la *Olimpia* del divino Pergolesi (sic)."

"Salgo por el expreso, y pienso llegar á Nápoles antes que la presente. Ella ó yo te harán sabedor de la triste suerte de mi *Norma*, silbada. No te aflijas, querido Florino. Soi joven, y siento en mi alma fuerzas suficientes para levantarme de esta caída terrible."

Esa página desgarradora realizada por la modestia y la elevación de espíritu, es el proceso mas elocuente que levanta la posteridad contra esos juicios impremeditados que aprueban sin estudio y condenan sin reflexión las obras mas acabadas del arte.

¿Cuánta no debió ser la satisfacción de Bellini al ver realizado su pronóstico, proclamándose triunfal la *Norma*, como la primera de sus inmortales producciones? ¿Y cuántas obras maestras corrieron igual suerte en su origen, tornando luego para ella (sic)<sup>10</sup> los honores de la gloria y la vida de la inmortalidad?

<sup>9</sup> Por Pergolesi.

<sup>10</sup> Por ellas.

galas las bellísimas flores que la esmaltan: flores nacidas de los afectos espontáneos del corazón y perfumadas con el aliento que exhala el alma en la intensidad de su dolor.

Ramón de la Plaza.

## 5

DISCURSO DEL DIRECTOR RAMÓN DE LA PLAZA EN LA INAUGURACIÓN OFICIAL DEL INSTITUTO DE BELLAS ARTES EL 28 DE OCTUBRE DE 1877

"El 28 de Octubre (Concluye)", *La Tribuna Liberal*, Caracas, 30 octubre 1877, p. 2, 1ª-3ª col.

[En el acto de inauguración oficial del Instituto de Bellas Artes, el 28 de octubre de 1877, en presencia del Encargado de la Presidencia de la República, su director designado, Ramón de la Plaza, pronuncia el siguiente discurso:]

Debo á la benevolencia del ciudadano Presidente de la República, General Francisco L. Alcántara, el haber sido elegido Director para llevar á buen término la organización del Instituto de Bellas Artes que hoy se inaugura. Tócame en la ocasión manifestarle la satisfacción que me cabe por tan señalada honra, y el empeño que he de poner por corresponder debidamente á su confianza siendo fiel intérprete de su elevado propósito.

Con la creación de este útil plantel, abría al porvenir de la patria una era de verdadero engrandecimiento y regeneración. De antes Venezuela no podía estar adscrita al número de las naciones civilizadas, porque la civilización de los pueblos no se mide sino por el grado de adelanto de las artes que son las que establecen en su movimiento intelectual y moral las grandes armonías del progreso.

No son las ciencias, frías investigadoras de las leyes de la materia, ni aun la filosofía que inquiere el conocimiento de la verdad en los débiles cálculos de la razón, los únicos estudios que pueden satisfacer [a] la humanidad en el desco de a sus aspiraciones infinitas. Una necesidad imperiosa la impele incesantemente a la interpretación de esa obra inmensa y multiforme que entraña en sus más pequeños detalles la sabiduría y grandeza del Creador. Así del sentimiento de la naturaleza nace el arte que en el lenguaje concreto de la palabra, de los colores, de las formas y de los sonidos, penetra en lo absoluto y divino de las cosas. reproduce la belleza, el orden y la magestad, busca siempre lo grande, lo infinito, busca a Dios como espresion suprema de la belleza.

La belleza, el ideal que preserva el alma de todo lo que la oprime ó la degrada, he aquí el objeto único y grandioso de las Bellas Artes en sus diversas manifestaciones. Buscar en la imaginación que crea, en el sentimiento que eleva, en la conciencia moral que guía, la fuente de las verdades inquebrantables de las armonías eternas.

No de otra suerte desde remotos tiempos vienen las artes liberales manifestándose como elemento propio al perfeccionamiento moral é intelectual de los pueblos. Bajo los bambues que dan sombra á las pagodas de la India en las montañas seculares del Libano, por entre las que languidecen las dilatadas regiones del Norte, la poesía canta embelleciendo la vida de las naciones. La Grecia inspirada en los cantos de Homero empuña el cetro de las artes y de la filosofía. Roma canta la epopeya de su grandeza en los inmortales versos de Virgilio. Baja Dante á la región precita (sic), muestra los errores de la humanidad y anatematiza el vicio y los crímenes con el castigo de los réprobos. Y Milton y Klopstock, y Voltaire y Hercilla (sic)<sup>14</sup> y Bello y Baralt son los reveladores de ese mundo ideal que tejieron de oro y seda su obra para brillar diamantina al través de la historia. Y al hablar de la poesía hablamos también de la pintura, de la escultura, de la música, que son la poesía de los colores, de las formas y de los

<sup>14</sup> Por Ercilla.

comprender esa necesidad del progreso para remediarla, creando el Instituto de Bellas Artes; y lo ha hecho, porque ha tenido corazón para sentirlo, porque su espíritu elevado respira bien en esa atmósfera del arte que purifica y conforta el sentimiento; porque hijo de la libertad acata sus fueros sagrados, dando ensanche á la inteligencia con el cultivo de las letras y de las artes, estimulándolas al propio tiempo como lo hace en este día clásico de la patria; porque, Gran Demócrata de la República protege en su administración todas las ideas generosas, todas las nobles aspiraciones, todos los intereses legítimos.

Sepa el ciudadano Presidente para su propia satisfacción, que las glorias alcanzadas por el Magistrado en la obra que redime los pueblos de la servidumbre, cultivando el espíritu y ennobleciendo sus facultades, son glorias imperecederas porque allí no se graban en frágiles pedestales, sino en el corazón de las generaciones, que es el granito donde esculpe la conciencia nacional el nombre de los verdaderos redentores.

ELOGIOSA RESEÑA CRÍTICA DE RAMÓN DE LA PLAZA A UNA ACUARELA PINTADA POR ISABEL MORALES, SEÑORITA VENEZOLANA RESIDENTE EN LIMA (12 ENERO 1882)

Ramón de la Plaza, "Bellas Artes (Colaboración)", *La Opinión Nacional*, Caracas, 12 enero 1882, p. 1, 2ª-3ª col.

Hemos tenido ocasión de ver un bellísimo cuadro á la aguada, cuyo asunto es *El Salvador*, y obra de la señorita Isabel Morales hija del muy atento y caballeroso, señor Eleuterio Morales, residente hoy en la ciudad de Lima.

sonidos. Hermanas gemelas marchan, unidas en ideas y sentimientos á realizar las grandes obras del espíritu. Palestrina, Hayden (sic),<sup>14</sup> Bach, Mozart, Beethoven, Rossini, Boieldieu, Donizetti, son los profetas inspirados que han encantado el mundo con las producciones armoniosas de sus génius. Rafael, Leonardo de Vinci, Ticiano, Miguel Angel y tantos otros dieron brillo y prestigio á sus paletas para fundar sus escuelas y establecer en la armonía de los colores la divina grandeza del arte.

Así vemos en las evoluciones históricas alcanzar mayor gloria y mejor nombre á su memoria los pueblos que cultivaron con pasión las artes imaginativas. Recuérdanse los siglos de Pericles, de Augusto, de Francisco I, de Leon X para realzar en la historia contemporánea los nombres de Victor Hugo, de Lamartine, de Meyerbeer (sic),<sup>15</sup> de Rosine (sic),<sup>16</sup> de Delaroche, de Pradier.

Quítad al pensamiento, quítad al corazón esas obras sublimes del arte, esos tipos de Hamlet, de Desdémona, de Fausto, esas creaciones de Leonardo de Vinci, de Claudio de Lorrain (sic), esas sinfonías inmortales de Beethoven, esas melodías profundas de Mozart, esos mármoles animados por el cincel de Canova, y el alma entonces quedaria solitaria en ese mundo gélido de la materia que la asfixia.

Y si es cierto todo esto, ¿cómo se explica que haya sido necesario el transcurso de cuatro décadas para que por primera vez Venezuela el establecimiento de un plantel de enseñanza de Bellas Artes? Cuarenta años que en la estoica indiferencia de nuestros pasados gobiernos se han ahogado los esfuerzos de esa juventud que ha probado levantarse al impulso de su propio ingenio.—Cuarenta años que en todo se ha pensado menos en las ventajas que con el estudio de las artes puede reportar un pueblo esencialmente espiritual como el nuestro. Toca al bien inspirado Jefe de esta administración

<sup>14</sup> Por Haydn.

<sup>15</sup> Por Meyerbeer.

<sup>16</sup> Por Rossini.

En la contemplación de la belleza producida por la obra del arte, el sentimiento que nos domina de preferencia es el de la admiración, como que en él se guardan todos los misterios que en el corazón entrañan el poder de interpretar en un lenguaje indefinido la obra grandiosa y multiforme de la naturaleza. La pintura que es el arte por excelencia de los detalles infinitos que en sus medios ilimitados de manifestación cuenta como elemento primordial la materia barrosa colorante en combinación perpetua con la luz para darnos sobre una superficie plana los más pequeños accidentes del relieve, y con él, todos los matices de expresión y sentimientos de que es capaz el objeto representado, ¿no es esto motivo de misterio, asunto sobrado de admiración para aquellos seres que se dan cuenta de la insuficiencia humana, transformada en potencia creadora al fuego de la inspiración?

Sí, la inspiración divina, hé aquí la causa primera que engendra la creación de la obra de Dios en Dios mismo, la manifestación de lo infinito en lo finito, la revelación de la belleza como principio eterno y único de lo grande, de lo absoluto. Así por ello en el templo del Arte penetran solo sus sacerdotes en quienes puso Dios sus dones para levantarlos por encima de todas las inteligencias. De todas las aspiraciones que en las ciencias y en la filosofía marcan el esfuerzo constante de la vida y la voluntad humana.

Al contacto de las ideas cristianas, la pintura cobró vuelo y se desenvolvió en esa atmósfera radiante de la epopeya sagrada, en que el sentimiento de la Divinidad, como raudal fecundo brotó inagotable de las obras de Andrea del Sarto, Veronese, Ticiano, Rafael, Rivera (sic),<sup>17</sup> Murillo y tantos otros genios ilustres que en el magestuoso silencio de la creación oyeron la voz de Dios y fundaron el apostolado del arte cristiano que tanto ha contribuido á la redención del espíritu, robusteciéndolo y recreándolo en las armonías de la vida espiritual. á este género del arte corresponde el cuadro de *El Salvador*, de la señorita Morales. Parece que á la mujer toca mayormente la

<sup>17</sup> Por Ribera.

interpretación de la obra mística. *Solo el que es hermoso entiende la hermosura*, ha dicho Plotino (sic);<sup>18</sup> y la mujer como fino ideal del hombre y obra maestra de la creación, entraña con poder sumo esa perfección en que ha de vivir el alma para sentir y comprender la belleza. La mano delicada de la artista y el entusiasmo que exhala su pincel ruboroso, se descubre desde luego en el cuadro de *El Salvador*. Allí la mujer une los colores de su paleta con el cielo para mostrarnos en el rostro del futuro mártir, el vigor (sic)<sup>19</sup> contorno de la elevada frente, cerebro misterioso de la creación: la mirada suave y tranquila que derrama sobre los hombres los beneficios de la vida, su bondad y su compasión; las risueñas líneas de la boca que entreabierta parece murmurar en nuestro oído aquellas palabras *Dejad que los niños se acerquen a mí*; y la túnica que en pliegues (sic) ondulantes envuelven a manera de una caricia las sagradas formas. ¡Cuánta espontaneidad en la concepción, cuánta facilidad en la ejecución: cómo se amalgaman la delicadeza de los toques con la idealidad del asunto, la expresión del sentimiento con la armonía, la vida y el movimiento que en aquella labor del talento abundan!

No al mérito supuesto que abulta el vano orgullo patrio, sino al verdadero talento que luce en suelo extraño, le debemos toda nuestra admiración, y por ello nos complacemos en felicitar al padre afortunado de la inspirada artista. Lejos de la patria ha levantado el vuelo el ave para posarse allá, lejos también, muy lejos de la estéril llanura, que abandona para batir sus alas sobre la fuente que corre abundosa, y tejer su nido en el robusto árbol que da para la vida sombra benéfica y fruto pingüe. ¡Ay! que también volaron Bello, Baralt, García de Quevedo, Gutiérrez, Tóvar, Teresa Carreño, aves que han embellecido con sus trinos las auras perfumadas de otros penates, dejando para la patria las elegías del desahío y el infortunio; para el mundo la gloria y la inmortalidad.

<sup>18</sup> Por Plotino.

<sup>19</sup> Por vigoroso.

condenado a arrastrarse por la estrecha senda del materialismo, y a respirar en esa atmósfera limitada del pensamiento en que se destaca el hombre, a manera del bruto sin más aspiraciones que las de llenar exclusivamente sus necesidades fisiológicas.

Bien al contrario acontece al ser educado en la pureza de los sentimientos del arte, llenos siempre el espíritu de satisfacciones infinitas, que busca en la vida de la naturaleza la manifestación constante de lo eterno, de lo absoluto así en el orden físico como en el orden moral; que en las labores de la imaginación y del sentimiento ennoblecen sus instintos, morigeran sus inclinaciones, levanta su carácter, y guía por la senda del orden, de la regularidad y de la armonía que en el arte constituyen la esencia de sus creaciones.

Sin esa educación nutrida por lo que bien pudiéramos llamar la filosofía primera, no es posible comprender, ni mucho menos crear la belleza. Es al calor del arte que se forja el control donde los pueblos se purifican para producir en sus obras el espíritu que penetra en lo desconocido y el sentimiento que eleva el alma a la región de sus aspiraciones infinitas. Por eso, libro de piedra, ha sido el arte, donde graban las generaciones sus títulos de grandeza y sus monumentos de civilización; y por eso, [palabra ilegible: ¿fiores?] en blanco, son aquellos pueblos que han desaparecido en el tiempo, sin dejar rastro de su existencia artística.

Pongamos, pues, nuestro anhelo en difundir estos conocimientos. Propendamos a establecer el estímulo y a fomentar el gusto. Eduquemos también a la mujer en el amor de la belleza, que es coraza resistente para los [palabra ilegible] mal sanos (sic) del orgullo y las torpes debilidades de la vanidad. La mujer y el arte son los redentores de las sociedades enfermizas. No permitamos que la alondra alce su vuelo y cante en tierra extraña. Como canta Isabel Morales en la patria del Inca la armonía de los colores, y Teresa Carreño expande por el orbe entero la celeste armonía de los sonidos.

Ramón de la Plaza.

Felices los pueblos en cuya atmósfera se aspira bien el éter de las creaciones del arte y albergan en su seno esos seres privilegiados que nos hacen sentir en la naturaleza con mágico poder, el amor por un ideal que satisface la sed devorante de nuestros deseos y aspiraciones, y nos muestran al propio tiempo que fuera de las concepciones del arte, que son las flores del pensamiento, no queda sino el mundo gélido de la materia, incapaz de concebir la belleza que es medio único de comprender a Dios a sus pobres.

Cosa de averiguar es las causas que en otros infortunados pueblos determinan la ignorancia en la apreciación de las obras del arte, y la indiferencia y desamor que por ellas guardan, cuando por el contrario son muy otras sus facultades para comprender y juzgar de aquellas que con el entendimiento y el saber humano se relacionan. Es esta una antinomia que ha de tener su explicación en el sesgo que de la educación toman esos pueblos en el curso de su desenvolvimiento, dando de preferencia a la inteligencia lo que de útil y conveniente pueda reportar de algún modo, y tirando a rebajar por los suelos lo bello, como inútil y dañoso a las necesidades sustanciales de la vida material.

Con todo, el principio germinal de la civilización de los pueblos está en la enseñanza y conocimiento de las obras del arte. No se logran grandes beneficios espontáneamente y a merced de la ignorancia y el abandono que interpretan por letra muerta y por cosa de poco momento, esas manifestaciones cultas del espíritu. Ciertamente es que el hombre nace con el sentimiento de la belleza que en él puso Dios, como reflejo de su divinidad, más no todos la sienten y aman de igual manera.

La luz de la belleza hiere regularmente el alma inculta; ella se apaga en los vapores deletéreos de la ignorancia, como muere la luz del sol en las sombras densas de la niebla. La belleza para estos desheredados infelices, no es sino un infortunio cruel de su condición miserable. Vivir en el mundo sin comprender el lenguaje de la naturaleza, que es el lenguaje de Dios, es estar irrevocablemente

## 7

ELOGIOS ENTUSIASTAS DE RAMÓN DE LA PLAZA HACIA EL PINTOR ANTONIO HERRERA TORO Y SUS CUADROS RELIGIOSOS EN EL PRESBITERIO DE LA CATEDRAL DE CARACAS, CON ABUNDANTES DATOS BIOGRÁFICOS SOBRE EL ARTISTA (24 MARZO 1882)

Ramón de la Plaza, "Bellas Artes. Antonio Herrera Toro", *La Opinión Nacional*, Caracas, 24 marzo 1882, p. 1, 3<sup>a</sup>-5<sup>a</sup> col.

Nace el hombre con la facultad intuitiva que le arrastra hacia su destino, no obstante el sesgo que por opuesto rumbo haya de dársele a sus inclinaciones; mayormente si esa facultad se destina para la obra de arte, porque entonces ella impera bajo el doble poder de la imaginación y del sentimiento que crean en la forma sensible la belleza, que es el reflejo de Dios y aspiración constante del alma a lo infinito. Organizaciones privilegiadas de esta suerte fueron Robusti, llamado el Tintorero (sic),<sup>20</sup> por el empleo que de muy joven le señaló su padre, abandonándolo luego para lucir como una de las más grandes ilustraciones de la pintura en la escuela italiana. Andrea Vannucci, que alcanzó igualmente fama y nombradía después de haber repudiado el oficio de sastre a que se le destinaba de donde toma el sobrenombre de Sarto. Rembrandt, hijo de un labriego, trueca el arado por los pinceles para ser la más brillante gloria de la escuela holandesa; y Rubens, hijo de un magistrado eminente, desdeña los estudios de la carrera para darse todo a ennoblecér a su patria con sus obras inmortales, siendo el maestro creador de la escuela flamenca.

Así el joven Herrera, nacido de una familia ilustre y acomodada, lejos de consagrarse a las ocupaciones a que estaba destinado, con inclinación marcada por el arte, emprende sus estudios de dibujo a

<sup>20</sup> Por Tintoretto.



la edad de trece años, en la academia de Carácas, dirigida por Martín Tovar y Tovar en 1869.

Rápidos fueron los adelantos del joven, mostrando desde el comienzo tal facilidad que, muy en breve, ensayó la pintura al óleo, haciendo copias que descubrieron desde luego todo el germen de un talento que había de ser muy fecundo al desarrollarse.

Apartado Tovar de la dirección de la Academia, Herrera se separó igualmente y continuó su práctica en el taller de Cañizares, pintor español que a la sazón residía en Carácas, ocupado en la ejecución del cuadro alegórico de la batalla de Apure, que luce hoy en el salón de la Cámara del Senado. Breve fue el tiempo que el artista permaneció entre nosotros, pues sucedió que, concluido el cuadro a que nos hemos referido, partió luego para los Estados Unidos del Norte, quedando nuevamente Herrera interrumpido en sus estudios; por lo que le vino en mientes, desocupado como estaba, tornar a Valencia, lugar de su nacimiento, donde vagó inactivo para el arte por algún tiempo, hasta que en 1874, llegado al conocimiento del Presidente de la República General Guzmán Blanco, que el joven Herrera, por sus ya notorias disposiciones prometía grandes esperanzas para el arte patrio, le favoreció enviándole a Europa con el fin de continuar sus estudios y lograr la perfección a que aspiraba.

A tiempo de su llegada a Europa, encontrábase Tovar en París y natural era, como lo hizo, dirigirse al taller de su primer maestro y seguir allá el curso de los estudios que de antes había con él empezado. Tovar, desde luego, indujo al alumno a que copiase a segunda algunos cuadros del museo del Luxembourg; y entre los museos y el taller compartía el tiempo sin dejar vagar el propósito anhelante del joven, que traslucía ya en su obra el esfuerzo persistente de sus aspiraciones.

La observación y el estudio de los buenos maestros se manifestaron luego en los primeros cuadros que expuso en los salones del Palacio de la Industria, en el año de 1878. Pasó después a Italia a instruirse en los secretos de sus escuelas, y en las exposiciones de Roma lucieron sus primeros trabajos.

260

Dispuestas así las cosas, partió Herrera para Roma con el encargo de pintar los grandes cuadros que habían de ornamentar el presbiterio de la Metropolitana, de esta manera: para la superficie del techo-raso *La Asunción*, y para los lados laterales *La Fe*, *La Esperanza* y *La Caridad*. Cerca de dos años permaneció el artista en Roma en la ejecución del encargo que se le había confiado, aprovechando la ocasión al propio tiempo para exponer nuevamente sus trabajos en aquella ciudad.

La obra de Herrera nos revela las múltiples facultades de su talento y el entusiasmo y amor que acrecen en el artista el poder de darles mayor vuelo. En el cuadro de *La Asunción*, nos viene sin quererlo una reminiscencia de la última manera de Murillo: la gracia de la composición, la naturalidad en el movimiento de las figuras, la amplitud en el modelado de las cabezas, la nobleza del dibujo siempre vigoroso, la suavidad del colorido, la energía de la expresión y la difícil manera de establecer los contrastes, no por la oposición fuerte del colorido, sino por la agrupación de líneas magistrales y las degradaciones suaves de la luz, todo concurre de un modo armónico a que se destaque espléndida la casta madona, coronada por los esplendores que envuelven al Eterno Padre, y sostenida en la atmósfera transparente por la gracia aérea de los ángeles que la arrullan en ajil revoloteo.

Si el arte de la pintura entraña el propósito de elevar el alma por la dignidad de la idea y del sentimiento en los objetos reproducidos, dirigiéndose más señaladamente al espíritu que a los sentidos, nada más favorable a este noble designio, que el dar de referencia a las labores del ingenio las creaciones del arte sagrado, en cuya fuente bebe perenne la inspiración entre los esplendores de la luz que irradia en lo infinito las aspiraciones que confortan y satisfacen el alma.

No de otra manera lo comprendieron aquellos artistas piadosos como Fra Angélico, reclusos en la austeridad sombría de los claustros, en íntima comunión con los divinos modelos que

262

Circunstancias lamentables que pusieron estorbo a su estadía en Europa, le obligaron, a su pesar, a regresar al suelo patrio en 1879, cuando más le sonreía el halago de su aprovechamiento, bebiendo en las fuentes puras é inagotables del arte clásico en la Roma moderna.

De los estudios hechos, faltóle a su llegada demostrar todo el provecho alcanzado en la obra seria; consideración habida a la absoluta carencia de los trabajos que, en este sentido, puede solo hacer necesarios al par que el hábito, el buen gusto y el amor por las obras del arte; así hubo de limitarse el artista a lo único que por de pronto podía dar entretenimiento a su pincel, poniendo por obra uno que otro retrato, más por el deseo de evidenciar su habilidad, que por lo exiguo del provecho que de ello pudiera derivar.

Al verdadero talento y a la franca inspiración suele acompañar providente la protección de esos Mecenas que a manera de León X sustentan las creaciones del que ha de engrandecer su época y su nombre: así el coloso de las gigantes concepciones del Vaticano en Roma, Miguel Ángel. Así Monseñor Ponte, Arzobispo de Carácas y amigo tan antiguo como cordial de la familia Herrera, lleno de interés por el joven adolescente, descubre en él, el primero, aquellas disposiciones y aquel amor que por el arte y por encima de todo se manifestaban poderosos; y por ello estimulóle de continuo en el estudio y halagóle en la esperanza de esos sueños que solo el arte puede realizar.

El interés ajeno y el propio gusto del digno prelado dieron margen a pensar, vuelto el artista de Roma, el darle útil entretenimiento, adoptando planes para el embellecimiento de la Iglesia Metropolitana, que al punto somete a la consideración del Capítulo; si bien para la realización de su benéfico propósito, dificultades hubo de parte del respetable cuerpo, y a mucho esfuerzo logró al fin votar una pequeña suma para atender al pago del presupuesto hecho para la ornamentación del Presbiterio. Esto no obstante, Monseñor Ponte, vista la insuficiencia de los recursos obtenidos, bondadosamente de su propio peculio suple la diferencia de aquel gasto en que le cupo la mayor parte.

261

inspiraron sus obras. Para ellos la atmósfera del arte y su destino no era el deseo de la fortuna, ni el anhelo del buen éxito que la sustenta. Embebidos en la fe ardorosa de sus creencias, no hacían sino obedecer ciegamente a los impulsos de su vocación, sin cuidarse de la reputación, ni de la fama que en su provecho pudiera proclamar la crítica. Tiempos singulares esos en que el artista era un creyente que abarcaba el ideal en toda su plenitud, por no haber penetrado aún en su corazón la duda, que ha esterilizado luego los fértiles campos donde crecían fecundos los bienes espirituales, y de las esperanzas y del amor trocó los sueños por la ingrata realidad de la materia.

Tiempos felices esos en que se premiaba al artista con la honra, y suma de gran caudal era para el célebre pintor de la escuela veneciana, aquella frase del duque de Ferrara: "El Ticiano merece ser servido por César." Tiempos aquellos en que surgieron Rafael, Perugino, Vinci, Miguel Ángel, apóstoles creyentes que buscaron con ahínco la más pura expresión de las visiones místicas, guiados únicamente por la inspiración, por la conciencia; estableciendo así por encima de todas las miserias humanas, la independencia del corazón y la emancipación de la inteligencia.

Estas breves reflexiones nos las ha sugerido el cuadro de la *Fe* del joven Herrera. Artista de verdadera vocación, parece haber nutrido su espíritu en esos modelos inmortales de los artistas del Renacimiento, y con el vuelo de su talento clásico y creador alcanzar la expresión y el colorido propios de aquellos tiempos. Una mujer bella, puramente humana como son las virtudes, se destaca sobre el trono inmovible de la fe, rodeada de graciosos grupos prosternados ante la luz que espande sobre las almas las dulces emociones de un éxtasis beatífico. La composición es feliz, verdad mucha hay en las actitudes, simplicidad y nobleza en el estilo, amplitud sobrada en la ejecución, y el encanto de un colorido que se impone, a manera de Tiepolo, por los efectos suaves y radiantes de la combinación armónica de las tintas débiles y oscuras, con las más claras, brillantes y transparentes.

263

Herrera ha pintado también dos cuadros para el bautisterio del templo de Nuestra Señora de Altagracia. Bellísimas composiciones ambas: la *Inmaculada Concepción* y el *Bautizo del Salvador*, encomendados al artista por el cura párroco, doctor Crispulo Uzcátegui, sacerdote muy digno de elogio por el interés y contracción que guarda por la grandeza del culto, en el embellecimiento del templo y sus necesidades. Pudieron otros seguir con la muy noble iniciativa del ilustrado prelado que encabeza nuestra iglesia, al ejemplo del padre Uzcátegui, que así quedarían remediados en sus males otros templos, desprovistos como están del atractivo poderoso de la pintura que instruye deleitando el espíritu en la mística historia de nuestra Redención.

Herrera es, a no dudarlo, de los primeros entre los artistas pintores venezolanos, que ha abordado con mejor provecho las creaciones del arte. Hermanando las diversas escuelas que ha frecuentado en sus estudios, ha sabido hacerse de una manera, en que entra por mucho la facilidad y la lijereza como fuerzas impulsivas de su propia inspiración. Y si a esto hemos de unir el talento de concentración, la observación justa de los caracteres, la propiedad de la expresión y el valor de los sentimientos que a una se descubren en su obra, hemos de asegurar por ello, que el artista irá, al correr del tiempo, robusteciendo sus facultades; y que, en un porvenir próximo, mucho es de presumirse, alcance gloria y fama su nombre en el mundo del arte, y sea su patria y sus Mecenas los que recojan con orgullo las coronas que vayan derramando sus triunfos.

Muy joven está aún, y debe confiar en la realización de su destino, mediante la contracción, el amor y la fe que sustentan en las verdaderas vocaciones el aliento para preparar incansable el áspero camino por donde sólo se llega a la gloria, a la inmortalidad.

Ramon de la Plaza.

264

que lo pone en comunicación (sic) con la Divinidad, es el único que puede iniciarlo en el conocimiento de las verdades a que aspira, sustentado por el sentimiento, que es el que ennoblecce y da vida a sus creaciones.

Por ello el arte es termómetro que señala los grados de progreso de las naciones; como que es fuerza que da aliento a todos los ramos en que se agita la actividad intelectual, y sus luchas son serenas y tranquilas, como puras y perennes son las satisfacciones que brinda. Dígalo si no, en la ocasión, el ejemplo palpitante de las obras del arte ofrendadas en el templo de nuestro progreso.

Al recorrer los salones y galerías destinadas a la Exposición de la pintura torna nuestro pensamiento a aquella época embrionaria de la Colonia, en que el arte no existía sino en los muy escasos cuadros místicos, que por los monarcas de España, fueron aquí enviados a los templos y monasterios, tan sólo a manera de adorno; sin que de ellos derivase enseñanza ni provecho alguno, la gente entretenida en la reproducción de figuras informes, ignorante en el conocimiento del dibujo, y sin la más leve noción del colorido, de las sombras y de la perspectiva.

Al correr del tiempo, y mediante el establecimiento de una Academia de dibujo, muchos alumnos, de disposiciones favorables, lograron adquirir conocimientos en el ramo, aunque muy imperfectos, sin embargo; tanto así eran de ineficaces los estudios, como completa la ignorancia en la práctica de los buenos modelos. El gusto propio y la inclinación natural, han sido frecuentemente los maestros de los que a tales estudios se han dedicado; por cuyo motivo, nada han podido producir que merezca otro elogio que el del buen deseo de interpretar mucho de lo que ignoran, sin los medios de lograrlo. No ha sido pues sino de algunos años atrás, en que trasladados a Europa algunos jóvenes pensionados por los gobiernos que sucesivamente ha presidido el General Guzmán Blanco, con el fin de estudiar la pintura, que el arte ha sufrido una transformación, y hemos visto obras de un mérito realmente superior.

266

8

PRIMERA ENTREGA DE LA RESEÑA CRÍTICA DE RAMÓN DE LA PLAZA SOBRE LA SECCIÓN DE BELLAS ARTES EN LA EXPOSICIÓN NACIONAL DEL CENTENARIO DE BOLÍVAR (13 AGOSTO 1883)

Ramon de la Plaza, "Revista de la Exposición del Centenario. Las Bellas Artes", *La Opinión Nacional*, Caracas, 13 agosto 1883, p. 2, 3ª-5ª col.

I

La Exposición llevada a término con motivo de la celebración del Centenario del Libertador, es un acontecimiento insólito, y de una trascendencia incalculable para los destinos de un pueblo, que ensaya por vez primera sus fuerzas en el concurso mutuo de las producciones de la inteligencia y del progreso humano.

En las lides de la civilización, es que las facultades de los pueblos crecen y se desenvuelven, al calor del estímulo que halaga, y de la recompensa que premia. No de otra suerte se han realizado en otros pueblos más avanzados, esas maravillas de las ciencias, las artes y las industrias que se han impuesto, en esa labor lenta y progresiva de los siglos, como conquistas soberanas de la inteligencia y de las aspiraciones del espíritu.

Venezuela, al tomar puesto hoy con su Exposición en el estrado de las naciones cultas, ha mostrado, con la espléndida riqueza de sus productos naturales é industrias nacientes, la manifestación más elocuente de sus tendencias civilizadoras: las Bellas Artes.— Sí: las Bellas Artes son para la vida de los pueblos, la savia que fecunda poderosa las notables aspiraciones del sentimiento y de la inteligencia.— El hombre, limitado en sus medios de acción, busca persistente la satisfacción de sus deseos insaciables que entrañan la perfección del ser; la belleza absoluta, el amor eterno; y el arte que toma pie en la facultad realmente creadora que es la imaginación, y

265

Breve, muy breve ha sido el tiempo transcurrido para desenvolverse el arte en las proporciones que exige; pero bien se observa que hemos hecho el camino rápidamente, y que en lo adelante alcanzaremos mayores perfecciones, dado el incremento que ha de dársele a las escuelas para el logro de los mejores beneficios.

Probemos en tanto averiguar, por el análisis de las obras de pintura presentadas a la Exposición, la distancia que separa la Colonia, de Venezuela regenerada.

II

De preferencia hemos de dirigirnos al salón donde se encuentra provisionalmente el gran cuadro *El Juramento de la Independencia*, de Martín Tovar y Tovar, que le fué encomendado por el General Guzmán Blanco para ornamentar la sala donde ocurrió el hecho; y que no es otra, que la misma que ocupa hoy el Ilustre Concejo Municipal de la ciudad de Caracas.

Mide la tela siete metros de longitud por cinco de altura.

De muy antes el artista acariciaba la idea de legar a la posteridad una obra digna de sus mayores esfuerzos y de la honra del arte patrio; y a la verdad, ningún asunto más adecuado a tan noble propósito, como el que ha elegido para la tela que admiramos hoy, con el entusiasmo que nos inspira así las glorias de la Patria, como el renombre alcanzado por un hijo que la enaltece con su obra.

En su designio, escoge el artista el momento en que, reunido el primer Congreso de Venezuela, toda la asamblea se apresta a firmar el Acta de la declaratoria de la Independencia y Soberanía de la República, el día 5 de julio de 1811. Constituyen la mesa los diputados Juan Antonio Rodríguez Domínguez, presidente, y Luis Ignacio Méndez vicepresidente. Iznardi atiende a la firma en la mesa de la Secretaría, donde se agrupan muchos diputados. En el grupo principal del primer término, Miranda se destaca como la figura más prominente de aquel concurso. Miranda que nace con el instinto

267

de la libertad, y prueba el primero realizar planes de algún valor contra el gobierno peninsular para la emancipación del suelo americano; sin que sea parte a enervar su entusiasmo, el desconcierto y los descalabros de la empresa; el campeón infatigable que lucha en ambos mundos por la libertad de los pueblos, y se abre camino glorioso allá en las lides sangrientas de la Francia republicana: el que torna al país nativo y persistente anima el fuego de la Revolución en el seno mismo de los enemigos que de antes había combatido; el que con el prestigio de su nombre y de su carácter es escogido en Caracas por la juventud entusiasta para presidir la Sociedad Patriótica, órgano poderoso de las opiniones exaltadas, y del sentimiento enérgico de la revolución, y que en mucho contribuyó a las deliberaciones de la Asamblea de que hacía parte Miranda, en el sentido de la declaratoria de la Independencia; el Diputado, en fin, decidido y enérgico que torna en favor de sus propósitos las opiniones contrarias y triunfa y se impone como el alma de aquella Asamblea. Allí está Paúl, el republicano intransigente, puesto al habla con Bricío, al que apellidaron Diablo; ambos esperan impacientes tomar puesto en la mesa donde a la sazón firman Yáñez y Tovar. Cerca de Clemente está Alamo al parecer virtiendo frases de entusiasmo. Ustáriz, cuya figura enlaza los dos grupos opuestos, invita a la firma al marqués del Toro. Corresponden al primer grupo de la izquierda las figuras de Roscio, Maya y López Méndez, comprometidos en una conferencia de interés. Así por el orden de la perspectiva van diseñándose los grupos, hasta contar en su totalidad las figuras cincuenta y tres, inclusive las de algunas de la gente del pueblo que por el fondo entran en son de amotinados.

En asunto de tanta magnitud, miedo nos da entrar en la apreciación concienzuda que requiere, por lo que tiene de menguada nuestra fuerza para intentarla; mayormente, cuando artistas de alto criterio, como Bonnat, Demar y Munkacsy, han consagrado en sus juicios el mérito de la obra calificándola de magistral.

¿Qué podemos decir después de estos por demás autorizados juicios?

268

de los fenómenos internos; y que el carácter expresivo es el elemento primario y esencial de la pintura.

Si a todas estas cualidades eximias unimos la naturalidad de un colorido que se impone por su admirable transparencia, la distribución de la luz que juega en tan variada manera, la justa graduación de los valores, el estilo noble y elevado, y esa entonación que armoniza en la tela el conjunto de todas las bellezas creadas, y de las dificultades vencidas, vendremos en asegurar que la obra de Tovar es monumental y única en el mundo de las artes americanas; y por ello muy digna del designio del artista de legar a la posteridad ese recuerdo que perdurará tanto, como perdura el tiempo en la sucesión de las edades.

Corresponde, pues, a Tovar la medalla de honor del salón; y deseamos que este nuestro justo dictamen, no vaya a molestar en modo alguno su modestia que es tan grande como su talento y su mérito.

Premiado así el arte patrio en su más alta representación, nuestros artistas nacionales deben considerarse muy honrados con ese triunfo, que sin amenguar en nada sus esfuerzos, entraña sin embargo, la gloria de todos los que en el mismo camino sustentan el arte y aspiran a iguales merecimientos.

9

SEGUNDA ENTREGA DE LA RESEÑA CRÍTICA DE RAMÓN DE LA PLAZA SOBRE LA SECCIÓN DE BELLAS ARTES EN LA EXPOSICIÓN NACIONAL DEL CENTENARIO DE BOLÍVAR (16 AGOSTO 1883)

Ramón de la Plaza, "Revista de la Exposición Nacional del Centenario", *La Opinión Nacional*, Caracas, 16 agosto 1883, p. 3, 2ª-5ª col

270

Nada, absolutamente nada que pueda añadir al mérito incontestable de la obra otra cosa, que no sea la ofrenda muy sincera de nuestra admiración por el pintor venezolano, cuyo talento y habilidad han puesto tan en alto el arte patrio.

Desde luego, la distribución de la composición es admirable. En la armonía general de las agrupaciones se impone como la principal la de la mesa de la Secretaría, donde desculla en primer término Miranda, por la gallardía de la postura y la expresión enérgica del carácter que asume. Yáñez, inclinado sobre la mesa firmando, es una obra maestra, por la naturalidad de la actitud, la pureza de las líneas y el encanto de un colorido que halaga placido la vista. En el extremo de la mesa, Tovar, pluma en mano, se dispone a la firma, y su fisonomía acusa bien la satisfacción que experimenta. Ustáriz en su actitud, difícil por todo extremo, revela en el artista la seguridad de la línea y la forma propia del movimiento. Alamo con el brazo levantado parece que oímos de sus propios labios aquellos arranques del entusiasmo enardecido por el fuego de su inteligencia y de su patriotismo. Como se percibe en aquel grupo de Roscio, Maya y López Méndez el interés de un diálogo que persuade y arrastra a algunos de los interlocutores. Qué colorido, qué valores para determinar la distancia que media entre los últimos y los primeros términos! Cómo se siente la atmósfera en que se agitan aquellos patricios inspirados en el amor de la patria!

Allí la amplitud de las masas, la corrección del dibujo, la naturalidad de los movimientos, el sentimiento, la magia del colorido. A la grandeza de la idea Tovar le ha dado relieve con la majestad y la armonía que reina en la escena. Píxel muy experimentado en la fisonomía humana, él nos hace sentir la expresión, la intensidad de la vida que la anima; pero no a la manera de ese realismo que entraña la imitación servil de la naturaleza; ni mucho menos con esas simplificaciones de los medios exteriores, que no pueden verificarse sino con detrimento del arte. Escuela esta de las abstracciones, que Tovar ha desdeñado siempre, para mostrarnos que la forma, el movimiento y el colorido, no son sino los medios de manifestación

269

### III

#### SALON DE BELLAS ARTES

Al entrar en el salón de Bellas Artes de la Exposición, vuelta hacia la izquierda nuestra mirada, nos llama la atención, una tela del señor [Manuel] Cruz, que mide tres metros y medio de largo por dos de altura.

Cruz ha comprendido que la historia es campo ameno para la inspiración seria. El tético episodio de la historia indígena, en que los españoles ponen fuego a la choza del terrible cacique Guaicaipuro, para luego asesinarle con todos los suyos, es un asunto en que hay que vencer muchas dificultades para interpretar debidamente la verdad y el sentimiento que comporta. Cruz, sin embargo, con la observación y el estudio, ha logrado imprimir a su tela la imponente fisonomía de la sangrienta escena que pinta. Rotas las densas nubes de la noche por la claridad del incendio que toma pie en la techumbre del rancho indígena, ilumina aquí y allá el sombrío campo donde yacen tendidos los cadáveres del cacique y sus compañeros; en tanto que, a la distancia, y perdidos en el fondo, huyen en tropel sus enemigos.

La composición es feliz, y la ejecución sobrada en el dibujo y la propiedad del colorido, aunque un tanto débil en la luz que acaso requiere mayor intensidad, dan al tenebroso cuadro la nota dominante de un asunto en que se corresponden armónicamente, la naturalidad de las actitudes, con la seguridad de los valores y la expresión gélida de los cuerpos. A todo esto hemos de agregar la conveniencia de la perspectiva, el estudio de las tintas, demasiado envueltas a veces, y a la buena distribución de la luz, elementos con que puede contar el artista para continuar sus estudios en ese género, y en cuya práctica ha de alcanzar en lo adelante mejor provecho y mayor perfección.

Bien se mira que la escuela que ha frecuentado el artista es la escuela española; y es en este supuesto que nos vamos a permitir

271

señalarle los peligros á que se expone, si no sabe combinar el realismo que de antiguo acentuó el carácter de Ribera, Goya y Murillo, con la nueva escuela que personifican Madrazo, Pradilla y Fortuni (sic),<sup>21</sup> y en la cual se funde la energía tradicional de la pintura española, con la especial índole de los ingenios que la cultivan hoy; correspondiendo á Madrazo la inagotable fecundidad, á Fortuni un género enteramente nuevo, en que únicamente su ingenio ha podido dar á las formas estrechas, la amplitud del dibujo, y el poder y la riqueza del colorido; así como Pradilla es el artista de las situaciones dramáticas, que se inspira en la manera de los antiguos maestros, suavizando en mucho la materialidad de los efectos trágicos.

Es á este último señaladamente á quien Cruz debe estudiar con detenimiento, para dar á su obra toda la verdad de la escuela que sigue, observando la justa armonía de los contrastes que se impone, más por la habilidad de las líneas, que no por la intensidad de la luz ó la fuerza del colorido; mayormente cuando en la manera de emplear el último, puede en muchas ocasiones comprometerse la limpieza y magnificencia de la paleta. La indecisión en esos medios se descubre en el cuadro de Cruz; con todo, el asunto es de una dificultad extrema, y el artista ha puesto en la ejecución habilidad sobrada.

Inmediata á *La muerte de Guaicaipuro* está *La Bethsabé* de Rodríguez Flegel. Es un estudio del desnudo hecho en París, y en cuya manera se trasluce la escuela francesa. Tornada de espaldas está iluminada la figura por la luz que penetra discreta en el baño para revelarnos la belleza de sus formas móbidas. El dibujo es correcto, aunque débil el modelado: así como la mezcla de las tintas es de manera á desvirtuar el valor de las intermedias, que por lo demás el colorido es propio y natural, y todo respira la suavidad de un perfume ático.

No comprendemos sin embargo, cómo el artista haya acertado á escoger el mismo y muy repetido medio de la *baaigneuse*, para figurar á Bethsabé, cuando David de lo alto de su alcázar la descubre en el

<sup>21</sup> Por Fortuny.

de un pintor distinguido. Nosotros le aconsejamos perdure pacientemente en este propósito, en bien del arte, que en sus manos, ha de enaltecer su nombre y el de la patria enorgullecida por los triunfos de sus hijos.

Julio Michelena, como Maury, ha cursado la pintura en la escuela francesa, sin que se observe en su obra la nota dominante que la distingue. En la alegoría que nos presenta de Colombia, la figura principal es la de Minerva armada, que empuña la bandera de la República, y lleva por vestidura una túnica, y por atavíos joyas indígenas. Lucen á sus pies los trofeos de la redención, y por la parte alta, el genio de la gloria se presta á coronarle.

La composición es buena, y la intención del artista muy loable; sin embargo, es necesario convenir en que los medios empleados en la ejecución no son de naturaleza á acentuar debidamente su inspiración, que juzgamos muy espontánea por lo demás. En el dibujo hay alguna corrección, aunque duro de tanto en tanto; lo que explica la rigidez de la fisonomía de la diosa acusada mayormente por la ausencia de planos bien determinados. La figura del genio de la gloria está mejor comprendida, y es lástima que á un ser alado le haya dado la posición perpendicular que paraliza el movimiento, y la priva en mucho de su natural lucimiento.

El señor Michelena tiene el amor por el arte, y debe persistir en los estudios, que al fin han de satisfacer sus aspiraciones.

Llegamos al cuadro de Herrera, *La muerte del Libertador* ofrenda de los empleados nacionales. En la quinta de San Pedro Alejandrino en Santa Marta, tendido está en el lecho de muerte el Libertador de un mundo, rodeado de algunos de los que recogieron su último aliento: Ibarra, Silva, Wilson, Carreño, Montilla, Miers y su fiel mayordomo Palacios. Un sacerdote le administra los postreros auxilios religiosos, en tanto que el médico Reverend, á la cabecera del moribundo, perdidos ya los de la ciencia, mide en la pulsación la cercana catástrofe.

baño. Tiempo es de que la esposa de Uriés tome otra forma de la belleza del sufrimiento impuesto por la pasión criminal de David, que así nos libráramos de esa eterna *baaigneuse* con sus carnales atractivos.

Maury (sic)<sup>22</sup> ha enviado á la Exposición *La Margarita de Fausto*. Alumno de la Escuela de Bellas-Artes de París, Maury se ha dedicado con empeño al estudio de esa escuela que se distingue por el vigor del dibujo y la expresión del sentimiento. Prueba de su adelantamiento ha dado en las obras, que á las veces, ha llevado á las Exhibiciones del Palacio de la Industria.

Las disposiciones del artista son notables, y el amor al estudio constante; pero es de temer, que, por querer llegar demasiado temprano al punto objetivo de sus aspiraciones, se retarde, sin embargo, en el camino. *La Margarita* que nos presenta hoy, se resiente de cierta dureza en la manera de tratar las telas, que descubren muy señaladamente un plegado sin ondulaciones, y un brillo en que no se siente la verdadera consistencia, ni el valor real de su naturaleza. Hay en el modelado de la cabeza cierta redondez que tira mucho al algodónado, al propio tiempo que hay debilidad en los valores de la tinta; lo que la procura un relieve que amengua mucho su mérito. Además el dibujo y la intención de querer hacer bien no faltan al artista, que busca la verdad en el estudio de la naturaleza, pero sin la debida experiencia, que es la única que enseña á interpretar sin ambages todo su esplendor y magnificencia.

Hemos visto en una exposición del Palacio de la Industria en París, trabajos del señor Maury superiores con mucho al que nos presenta hoy. No podemos atribuir esto sino á la precipitación que pone para llegar al punto que desea. Con las muy buenas disposiciones que tiene, joven aún, y con la práctica de los estudios que ha emprendido con singular provecho, no ha menester de impacientarse para alcanzar en lo adelante los honores

<sup>22</sup> Por Maury.

La composición es original, y el artista ha sabido poner en la ejecución toda la solemnidad que la escena requiere. Las figuras se destacan en el orden de una perspectiva acaso un tanto monótona, por la igualdad de los tamaños proyectados en las perpendiculares que se cortan en el punto de vista. En esto el artista ha querido mostrarse escrupuloso de las reglas, en detrimento del mayor efecto, que de otro modo ha podido alcanzar. Por lo demás, la belleza de la tela es mucha; huelgan en ella sobrados el dibujo, el sentimiento, y la expresión de las impresiones del momento. Entre las más notables de las figuras debemos dar la preferencia á la de Miers y á la de Montilla. La del Sacerdote está muy bien estudiada, y establece esa armonía de relación que hay entre los grupos diversos. La luz juega muy bien en su distribución, y el efecto general del cuadro es completo. No podía ser de otra manera, tratándose de un artista de imaginación y de talento como lo es Herrera, que en toda ocasión reviste su obra del prestigio de la novedad y del encanto de la belleza.

En el mismo salón tiene además el artista un retrato de mucho jugo en el colorido, é intensidad de vida en la expresión, la *Cabeza de una madona* (sic)<sup>23</sup> dibujada con esmero, y el incendio puesto en el parque de San Mateo por Ricaurte de un mérito incontestable. Sobre el fondo de un patio interior del edificio por donde invaden los enemigos, se destaca vuelta de espaldas, la figura de Ricaurte en ademán resuelto, y preparando el tizon que ha de incendiar un barril de pólvora que rueda por los suelos destapado. El momento es solemne, el héroe espera la aproximación de las fuerzas invasoras que lucen á la distancia en el patio, para poner por obra uno de los hechos más heroicos que registran los anales patrios. La perspectiva está muy bien observada, así en las líneas como en los valores de los términos: la suavidad del colorido y la luz extasian la mirada: es una tela pequeña pero hay en ella un gran cuadro.

Sólo con el estudio y la práctica de los buenos modelos, la educación artística se alcanza; pero en manera alguna producirá el

<sup>23</sup> Por Madonna.

artista obras de gran valor, sin el concurso de las facultades naturales que dan vida a sus creaciones; de tal suerte que, en muchas ocasiones, el poder de sus revelaciones se muestra sin el auxilio de una instrucción regular y sistemática. Verdad esta comprobada hoy mayormente en la tela que expone el joven Cristóbal Rojas, *La muerte de Girardot en la batalla de Bárbula*. Acaso, se preguntará alguno, ¿es esta la obra de un pincel experimentado en las escenas trágicas de la historia? No; es la aspiración de la inteligencia a la interpretación de la verdad, guiada únicamente por el sentimiento de la naturaleza.

[Nota: Este último párrafo, manifestamente fuera de lugar aquí, se repite al comienzo de la siguiente entrega de la reseña crítica de R. de la Plaza. Esta inclusión extemporánea es debida, quizá, a un descuido del cajista del periódico.]

### 10

TERCERA ENTREGA DE LA RESEÑA CRÍTICA DE RAMÓN DE LA PLAZA SOBRE LA SECCIÓN DE BELLAS ARTES EN LA EXPOSICIÓN NACIONAL DEL CENTENARIO DE BOLÍVAR (18 AGOSTO 1883)

Ramón de la Plaza, "Revista de la Exposición Nacional del Centenario", *La Opinión Nacional*, Caracas, 18 agosto 1883, p. 3, 3ª-5ª col

### III

SALON DE BELLAS ARTES.

Sólo con el estudio y la práctica de los buenos modelos, la educación artística se alcanza; pero en manera alguna producirá el artista obras de gran valer, sin el concurso de las facultades naturales que dan vida a sus creaciones; de tal suerte que, en muchas ocasiones, el poder de sus revelaciones se muestra sin el auxilio de una instrucción regular y sistemática. Verdad ésta comprobada hoy

Ticiano, Credi de Leonardo da Vinci, y Andres del Sarto de Pietro da Cusino (sic).<sup>27</sup> ¿Y Rojas, en donde encontró la fuente que ha confortado su inspiración, en donde el estímulo que le ha empujado á trepar sin apoyo la escabrosa senda? Sin escuela, sin estudios adecuados, y ántes más bien propios á viciar la enseñanza, pobre y bregado á la continua con las necesidades imperiosas de la vida y la ignorancia é indiferencia de los que tienen, salvajes, por cosas baladí, las obras del arte, ¿cómo ha podido sobreponerse á todo, y allá en el apartado rincón de su hogar, concebir y realizar una obra de tanto aliento y de tantas esperanzas para el arte patrio? Misterios que solo la intuición propia puede revelarnos.

Si Rochegrosse en la última Exposición de París, á los veinte y cuatro años de su edad, ha sorprendido el mundo artístico con su cuadro de *Andrómaca*, que ha obtenido el primer premio; no es mucho que Rojas pruebe á impresionarnos de igual modo con *La muerte de Girardot*; mayormente cuando en su intento no ha contado con el valioso haber de los maestros Boulanger y Lefebvre que entra por mucho en el triunfo alcanzado por aquel.

Así por ello nuestra satisfacción es mucha, cuando recordamos las favorables predicciones que de las facultades de este joven hicimos, á tiempo que con asiduo empeño buscaba la manera de cultivarlas, y por nuestra indicación aplicóse al estudio del desnudo, cuyos modelos pusimos á su disposición en el Instituto de Bellas Artes.

Fué allí donde expusimos sus estudios, sin que por entónces su mérito alcanzase siquiera un elogio banal: mas no así para nosotros que muy de cerca le habíamos visto, y observado la seguridad con que al propio tiempo trazaba las líneas, ajustaba las proporciones y daba relieve al modelado. Siguió de esta manera el joven sus estudios, entretenido siempre en labores de poca monta, para prepararnos así la sorpresa, muy agradable por cierto, que nos ha dado hoy con la tela á que nos venimos refiriendo, muy digna de los mayores elogios.

<sup>27</sup> (Por Piero Cosimo?)

mayormente en la tela que expone el joven Cristóbal Rojas, *La muerte de Girardot en la batalla de Bárbula*. Acaso, se preguntará alguno, ¿es ésta la obra de un pincel experimentado en las escenas trágicas de la historia? No; es la aspiración de la inteligencia á la interpretación de la verdad, guiada únicamente por el sentimiento de la naturaleza.

Al entrar en el análisis de esta obra, observamos que el artista dejando á un lado los caminos trillados de la aglomeración de detalles militares, limita la composición á cuatro figuras, que le dan un aspecto de sencillez encantador. Sobre una altura del campamento se destaca como la principal, la figura del valiente Girardot, á tiempo que, herido de muerte, torna á caer de sus pies empujando el lábaro de la República. La naturalidad del movimiento, la expresión pálida del semblante, la luz que baña intensa el escorzo de la cabeza, la sobriedad del gesto verdaderamente escultural, la suavidad del colorido que se impone como ingenua en la paleta del artista, todo ello nos admira y atrae, para seguir contemplando en sus detalles ese grupo que encarna, con sus defectos y todo, los destellos de la luz que brota de un talento superior.

A los pies de Girardot y tendido largo á largo, yace un soldado proyectado en escorzo. Parece que tocamos de la mano aquel cadáver, cuya herida en el pecho brota la sangre aún viva con el calor del colorido. La muerte y sólo la muerte ha podido modelar aquella cabeza yerba, iluminada por la expresión de los postreros dolores de la agonía. Dos soldados más, dolientes y reclinados sobre el terreno del segundo plano, en són de sucumbir, forman lo accesorio de las dos figuras principales. Cuánta sencillez y atrevimiento al propio tiempo, cuánta nobleza y dignidad en las formas, cuánta placidez en el colorido, cuánto interés y respeto por la fiel interpretación de la naturaleza!

Carreccio (sic)<sup>24</sup> dejó estudios que hubo de Correggio (sic),<sup>25</sup> y á su vez el Dominichino de Carraccio (sic).<sup>26</sup> Rubens los bebió de

<sup>24</sup> Por Carracci.

<sup>25</sup> Por Correggio.

<sup>26</sup> Por Carracci.

En nuestro concepto, como estímulo al talento, y mayor provecho á la educación de Rojas, debiera el gobierno adquirir la propiedad del cuadro, y pensionar al joven artista para que continúe sus estudios en Europa.

Tiene además Rojas en el mismo salón un cuadro pequeño: *Ruina del antiguo Convento de los Mercenarios* (sic),<sup>28</sup> en que se advierte de relieve las disposiciones favorables con que cuenta para abordar con éxito la obra del arte.

Aquí nos encontramos con cuatro obras de Tovar. *Retrato del general Roberto Ibarra*, de una naturalidad y de un colorido, fuera de todo encomio. *Cabeza de una anciana*, de lo más acabado que puede imaginarse, y tratada de una manera magistral. Entre los estudios del género, nada hemos visto que pueda sobrepujar esta cabeza, ni aun la hecha por Renard que está en el Museo de Luxemburgo. *Tipos italianos*, dos cabezas muy bien estudiadas, hay en ellas la gracia y candor de la juventud, realzados por la suntuosidad de la paleta y la nobleza del estilo.

Dos paisajes de Inciarte nos llaman sobremanera la atención por su notoria disparidad, Luminoso el uno y de un colorido pastoso, contrasta singularmente con el otro, que es pálido y desgraciado por todo extremo. Aún dudamos que sea uno mismo el pincel que haya tocado estas dos telas.

Otero ha hecho á un lado la pintura decorativa en que tanto ha campeado, para ocuparse de la pintura seria. *La muerte de Rivas Dávila*, ofrenda del distrito Sucre, Sección Bolívar, es el asunto elegido por el artista para la tela que examinamos. Bien se observa en este trabajo las dificultades materiales con que ha luchado para darle carácter típico á lo que pinta. Pasa la escena en una sala iluminada por la luz que filtra suave por una de sus ventanas. Rivas Dávila asistido por un médico, y rodeado de oficiales y amigos, vése incorporado en el lecho en ademan de entregar á uno de ellos, la

<sup>28</sup> Por mercenarios.



bala mortífera que le han extraído, con el encargo de entregar el funesto presente a la querida esposa. Algunas gentes del servicio vagan por la habitación. El artista ha puesto de suyo todo lo que ha podido empeñar en una labor harto penosa, sin la asistencia de los estudios requeridos, ni del tiempo que ha sido muy escaso para rematarla. Hay que crear la idea y darle desenvolvimiento en las proporciones requeridas por la verdad histórica; hay que procurarse elementos para el estudio de los detalles típicos y darle al tiempo lo que exija para realizarlo todo. De otra manera no puede concebirse el parto de una obra, sino como un aborto en que las formas se pierden y queda de la criatura la dolorosa impresión de lo que es, y no de lo que debía ser. El señor Otero es un artista de talento, que tantas veces nos ha hecho admirar la fecundidad de su ingenio decorativo, bueno es que le dé a la pintura seria más amplios y detenidos estudios, que así nos dará el gusto de verle merecer igual valimiento en la como en la otra.

Dando frente al de Otero, vemos el cuadro *Una noche en Casacoima*, de Jáuregui, aún no terminado. Bolívar en la derrota del Rincon de los Toros, busca las riberas del Orinoco y penetra en las selvas de Casacoima, donde pernocta con Soublotte, Arismendi y Anzoátegui; y cuando todos lo juzgaban postrado el ánimo por los reveses sufridos, sorprendidos quedaron luego en la media noche al anunciarles los grandiosos planes que había soñado para la creación de Colombia, grande, fuerte y gloriosa; y tomaronle por un alucinado.

El asunto es ingrato, y ha menester habilidad en la manera de tratarlo para darle carácter propio. El artista no se ha desempeñado mal en la ejecución, buscando los efectos de la luz de una hoguera que expande sus claridades sobre el monte, iluminando en primer término las figuras principales. La luz va huyendo por entre el follaje hasta confundirse con la de la luna, que asoma sobre el horizonte plateando los últimos términos. La sorpresa y el interés de las revelaciones del Libertador, se sienten bien en la expresión

280

11

CUARTA ENTREGA DE LA RESEÑA CRÍTICA DE RAMÓN DE LA PLAZA SOBRE LA SECCIÓN DE BELLAS ARTES EN LA EXPOSICIÓN NACIONAL DEL CENTENARIO DE BOLÍVAR (21 AGOSTO 1883)

Ramón de la Plaza, "Revista de la Exposición Nacion del Centenario", *La Opinión Nacional*, Caracas, 21 agosto 1883, p. 2, 3<sup>a</sup>-5<sup>a</sup> col

IV

SALÓN BOLÍVAR.

En este salón lucen las pinturas ofrendadas al Libertador. Otero tiene allí otro cuadro: *La entrevista de Bolívar y Sucre en el Desaguadero de los Andes*, en cuyo encuentro refiérese el artista a aquellas palabras puestas en boca del héroe de Ayacucho: "El Libertador no estuvo en Ayacucho, pero estuvo en el corazón de los que allí combatimos; y cuando la victoria parecía huir de nuestras filas, invocamos su nombre, y élla coronó nuestros esfuerzos."<sup>1</sup>

La composición está concretada a las dos figuras de Bolívar y Sucre, que se destacan a caballo sobre un fondo de montañas de magestuosos cortes. El artista prueba a vencer las mismas dificultades de que hemos hablado en su obra anterior, y parece que el esfuerzo en esta vez no le ha faltado para lograrlo en mucha parte; resultado este que viene en apoyo mayormente de nuestro juicio, cuando aseveramos al artista que, con la observación y el estudio, puede con ventaja realizar en el género las mejores obras.

Contiguo al de Otero está el cuadro del joven Arturo Michelena: *La presentación de la bandera Invencible de Numancia*. Es hoy la vez primera que hemos tenido la satisfacción de conocer la obra del joven artista. En el cuadro de que nos ocupamos, figura en el grupo del primer plano, el Libertador entregando la bandera al jefe del

282

del semblante de sus interlocutores, y en el bosque vagan las visiones fantásticas que inspiraron al héroe los sueños ideales de Colombia.

Romero es un joven que ha hecho sus estudios en nuestra Academia, lanzándose de propia cuenta en trabajos de distintos géneros, que requieren, no solamente las buenas disposiciones que posee, si que también estudios muy detenidos, que mal ha podido lograr, sin embargo. *Vista de la Ciudad de Maracay*, ofrendada por el Concejo Municipal de dicha ciudad, es la obra que expone en el salón. Hay en ella la intención y el empeño de hacerlo bien y no faltan detalles de algún valer; pero en lo general, se advierte el pincel inexperimentado en las reglas de la perspectiva, y en los efectos del colorido; y aunque le falta la soltura, le sobra el escrúpulo de los detalles; defectos estos que sólo puede remediarlos una buena escuela. Este joven ha debido ir a Europa a cursar el arte para el cual tiene notables disposiciones: así solo, y solo así podrá desenvolverlas con provecho.

Un retrato del General Guzmán Blanco por el señor Rigabel, termina la colección de las pinturas del salón: es un ensayo muy débil, y en el cual es inútil entrar en los detalles de un análisis.

Hay además una escultura del señor J. A. Vander-Kerckhoven, artista belga; que es un retrato en medallón de la señora Ana Teresa de Guzmán Blanco. Es un bosquejo en que no faltan la majestad de las líneas y la nobleza de las formas.

No abandonaremos el salón sin reseñar las espléndidas fotografías de los talleres de Sálas y Martínez, que allí lucen a manera de encajes delicados que adornan la galería. Nada puede verse de más acabado en el género: la nitidez, el brillo, la naturalidad, la riqueza de las tintas, la elegancia y buen gusto de las actitudes, y tantas otras bellezas que se manifiestan pródigas en esas obras que, a no dudarlo, han alcanzado la mayor perfección y el mejor renombre entre las que produce el arte patrio.

281

Batallón sin nombre, coronel Palacios. Concurren al acto con el Libertador, Urdaneta, jefe de las fuerzas de la plaza; Manrique, jefe de las caballerías; José Félix Blanco, capellán del ejército; Villapol, Aldao, y los ayudantes Lara, Escobar y otros.

Confesamos ingenuamente que la obra del talento inculco no puede juzgarse por lo que es, sino por lo que puede ser. Esta que juzgamos con interés, revela, como la intuición propia, encuentra la buena senda, y camina guiada por una luz sobrenatural. La acertada distribución de la composición, el movimiento, la naturalidad del colorido, la justa apreciación de la perspectiva, el buen entendimiento así de las figuras principales como las de los grupos episódicos, son todas estas, manifestaciones de un talento en que campea sin artificios, la ingenuidad del instinto abriéndose paso sin el apoyo de la educación que le falta.

Necesario es averiguar la deficiencia de los medios puesta en los estudios de este joven, para darle todo el mérito que le corresponde en la interpretación del muy escabroso asunto que ha elegido para su tela. Todo en ella respira abundante el amor por lo desconocido, por lo infinito.

Lástima da que este artista pierda aquí su tiempo sin provecho, y que no se traslade a Europa, donde con toda seguridad, derivaría en los estudios de su arte bienes incalculables.

Otra tela de [Manuel] Cruz figura en este salón, una *Alegoría de las cinco naciones independizadas por Bolívar*. El dicho cuadro está ejecutado a manera de bosquejo, y nada podemos señalar en él que merezca especial atención.

Del pintor [Néstor] Hernández hay una obra modesta: *Fachada exterior de la casa donde nació el Libertador*. Están bien estudiadas las reglas de la perspectiva lineal, y el cielo que sirve de fondo es de un efecto muy agradable, como que en él se trasparenta la belleza de esas tintas que iluminan el sol ardiente de nuestra zona tropical. De Arturo Michelena tenemos aquí una *Alegoría* en que figura Venezuela

283

y su pueblo recibiendo de manos del Presidente de la República, General Guzmán Blanco, el inmortal decreto de la Instrucción Pública. Encontramos en esta obra los mismos caracteres de ingenuidad que reviste la que hemos examinado en el salón de Bellas Artes. Sobriedad en el colorido, naturalidad en las actitudes, buena distribución de la luz, animación en el movimiento de los chicleos que vienen solícitos hacia el Magistrado á recibir el pan de la Instrucción; buen efecto de luz en uno de ellos, y en otro que levanta con el brazo la bandera que abraza la figura de la República.

Repetimos lo de antes: este jóven irá lejos si en su auxilio viene la educación.

Aquí encontramos otro cuadro de Inciarte representando una *Alegoría* de la historia que inscribe en sus páginas los nombres de Bolívar, Sucre, Antonio L. Guzmán, Guzmán Blanco.

No parece este cuadro obra del mismo artista que envió de Roma, en el tiempo de sus estudios, al Instituto de Bellas Artes, *Unos búfalos pastando en las pampas romanas*, en el cual hay muestra sobrada de un pintor que sabe hacer; pero en esta desgraciada *Alegoría*, no se percibe sino el atraso muy notable que ha sufrido en sus estudios. En la tal obra, hay ausencia completa del dibujo y del modelado, rigidez extrema en los contornos, un colorido enfermizo, valores nulos en los términos, y una lisura muy cordial por relieve.

Una acuarela que representa otra *Alegoría* de la emancipación de las cinco repúblicas hispano-americanas, figura en este salón. No conocemos su autor, ni podemos opinar sobre el mérito que tenga; como que colgada como está muy alto, no es fácil determinar con precisión la manera buena ó mala de su ejecución.

Adornan el salón dos bellísimas esculturas ofrecidas por los Cónsules de la República en el exterior la una, y la otra por el Ministro de Venezuela en Londres, señor José María de Rojas. Sobre un elegante pedestal de mármol blanco se levanta un grupo de bronce de cuatro jóvenes indios, teniendo de la mano uno de ellos un escudo

derrota, y los colorados de la guardia de Páez que obran del mismo modo con los Husares peninsulares.

En el centro y en el primer plano á la altura del cerro de Buena Vista, está el Libertador con su jefe de Estado Mayor Mariño, el Subjefe Salom, el Secretario de guerra, Briceño Méndez, el edecán Umaña, y el ayudante de campo O'Leary.

Sembrado de dificultades innúmeras es el asunto escogido por el artista para darle buen remate á su intento. Es el cuadro dramático de una acción en que se multiplican constantes así los movimientos como las emociones del combate: es la lucha heroica que enardece el ánimo de los combatientes: es la sangre que aviva el fuego del coraje y cae como el rayo en medio de los enemigos: es el ruido de las armas, el humo de las detonaciones, los estragos de la metralla, el eco de los tambores y clarines confundidos con el clamoreo de las victorias y los ayes lastimeros de las víctimas; es en fin la desolación y la muerte embellecidas por la sombría idealidad de las batallas.

Por esto, escaso es el número de los buenos pintores del género, cuando para ello es fuerza hermanar á una imaginación poderosa, la habilidad artística y los convencimientos serios de la táctica militar. Díganlo sino (sic) Neuville, Berme Bellocour, Detaille y sobre todos Horacio Vernet que ha glorificado el género en su cuadro monumental —La toma de Smalah en Argel— que hemos visto en la galería de Versailles.

Cómo ha desempeñado Michelena su encargo, fácil es de averiguarlo. La distribución que ya hicimos de la composición, es de todo en todo conforme con la verdad histórica, y no falta en ella algo de la armonía requerida. Los movimientos de los cuerpos en lucha, sin embargo, no tienen mayor variedad, señaladamente los de caballerías, que parecen, aunque en carrera suelta, inmóviles en una misma invariable posición. Las figuras del primer término están en su generalidad mejor estudiadas, y en el conjunto se observa la fidelidad de la escena que pasa. En el dibujo hay poca corrección, y en el colorido no se establece el valor de los términos.

en cuyo campo se ve esta inscripción: *Confederación suramericana. Gran República de Colombia*. Sustenta (sic)<sup>29</sup> las cuatro figuras la del Libertador. La ejecución de este pequeño monumento es acabada. El movimiento ondulante de las figuras es de una gracia ática, y el efecto general muy simpático.

La del señor de Rojas es verdaderamente una joya. Colón con una mano levantada al cielo, invoca el favor divino, en tanto que con la otra descubre un manto en que está envuelto el globo terráqueo, en la parte descubierta por el inmortal genoves. La idea es original, y la acompañan á mayor abundamiento cuatro misioneros que á los pies de Colón simbolizan la redención evangélica del Nuevo Mundo. Las figuras son de bronce, y de un acabado perfecto.

Una pequeña reducción de la estatua del Libertador que está situada en la Plaza Bolívar, hecha por el mismo escultor, ha sido presentada, entre las ofrendas, por el señor F. Lassère.

## V

### GALERIA EXTERIOR.

Parece que nuestros artistas como es natural, se han inspirado en esta vez en los hechos heroicos de la emancipación patria; y por ello Juan Antonio Michelena ha trasladado á su tela la inmortal *Batalla de Carabobo*, ofrenda de los poderes judiciales.

Pinado está el combate en el momento supremo de la victoria. Entrecortadas por suaves colinas las llanuras de Carabobo, distingúese á lo lejos y en el fondo la retirada del escuadrón Valencey cargado por las caballerías de las pampas. A la izquierda y al pie de la colina, organizase la destrozada Legión británica; mientras que, del mismo lado, las infanterías del batallón Apure llevan en derrota las del Hostalrich y Búrgos. A la derecha las fuerzas de Plaza, compuestas de las infanterías de Granaderos y Rifles, persiguen á Infante en su

<sup>29</sup> Por sustentar.

La amplitud sobrada de que dispone el artista en su tela, le ha obligado á entrar en detalles que, sin importancia alguna de efectos, desgraciadamente distraen la atención del observador; y hubiera situado los primeros términos más cercanos del marco, que entónces el efecto sería muy distinto, con la supresión de esos montes tan detallados y llenos de colores vivos, dilatando al propio tiempo en los segundos y últimos términos la perspectiva, de manera á no venir encima los últimos.

El señor Michelena ha hecho, sin embargo, en nuestro concepto, más de lo que ha podido exigírsele en un asunto de los más serios de la pintura. Hay en su cuadro bellezas de otro orden, que no pueden apreciarse, ó mejor dicho, se confunden en el análisis de lo más importante y sustancial de su obra.

Otra ofrenda de la Legislatura del Estado Carabobo le presta ocasión al mismo artista para mostrársenos en otro género. *El desembarco de Bolívar en Ocumare* —acompañado de Soublette, Salom, Mac Gregor, Beluche, Briceño y el almirante Brion. Quince buques anclados en el puerto forman la escuadra de la expedición.— Bolívar y sus compañeros ya en tierra, sufrido el fracaso de Los Aguacates, toman al puerto á embarcarse. El señor Michelena en este cuadro, creemos que ha puesto mejor estudio, y el efecto general es bueno.

Inmediato al cuadro de la *Batalla de Carabobo* está el *combate en el lago de Maracaibo*, entre la escuadra realista y la de los patriotas comandada por Padilla y Manrique, y pintado por Maucó. El artista ha abordado un género que no conoce, y que es de mucha observación y estudio: es una marina de las más caracterizadas por su dificultad. La estructura y movimiento de los buques requieren estudios muy especiales. El aspecto cambiante del mar y sus ondas, no es cosa para pintarla, sin una observación continua, y sin estar en comunión con esos efectos intangibles que únicamente pueden atrapar la penetración y la intuición rápida. Maucó, sin embargo, en el deseo de hacer lo que le exigen, todo lo intenta, con aquel amor que por el arte siente, sin darse cuenta, que el arte es un amante que

no sufre inconsecuencias, y que desdeña a los que no saben complacerlo debidamente. Sentimos que al artista no se le haya presentado la ocasión de hacer gala de sus dotes, poniendo por obra otro asunto más propio a manifestarlas.

Otras telas hay en esta galería de mérito muy menguado, y que debemos excluir de toda crítica.

Algunos creyones hemos visto, entre los mejores, un retrato del Ilustre Prócer Antonio Leocadio Guzmán, del joven [Carlos] Rivero [Sanavria].

*Nota.*—Al ocuparnos anteriormente de la revista del salón de Bellas Artes, dijimos que el señor Inciarte tenía en él dos paisajes: el uno pasable y el otro defectuoso. Se nos ha informado que el último no le corresponde; lo que comprueba nuestro juicio de haber supuesto en las dichas obras, dos pinceles distintos. Valga esto de rectificación para el señor Inciarte.

## 12

QUINTA ENTREGA DE LA RESEÑA CRÍTICA DE RAMÓN DE LA PLAZA SOBRE LA SECCIÓN DE BELLAS ARTES EN LA EXPOSICIÓN NACIONAL DEL CENTENARIO DE BOLÍVAR (23 AGOSTO 1883)

Ramón de la Plaza, "Revista de la Exposición Nacional. Las Bellas Artes", *La Opinión Nacional*, Caracas, 23 agosto 1883, p. 2, 2ª-3ª col.

## VI

### EXPOSICIÓN BELGA.

La Bélgica nos ha honrado grandemente en esta vez con el concurso de sus obras de pintura y escultura en la Exposición del Centenario. En la escogida colección figuran de las primeras, géneros

explican en cierto modo, lo desagradable del lance que se pinta, es decir, el marco.

John F. Hulk, padre, es un artista de más experiencia que el hijo. *Vue sur une rue de Amsterdam*, es un cuadro que interesa por la perspectiva y el movimiento.

Théodore Gérard, premiado en las exposiciones de Bruselas, Viena, Londres, Filadelfia y otras, nos ha enviado una tela pequeña, *Les Bohémiens*, hecha acaso sin aspirar en esta vez, a medalla alguna, como que solo se recomienda por la manera del dibujo, pero en modo alguno por el relieve, ni por el colorido.

*Aut* (sic)<sup>31</sup> *Cabaret* es otra tela pequeña de Franc Meerts, artista premiado en Bruselas, Amberes, París, Londres y Viena. No podemos considerarla sino como un estudio bien entendido, y hecho con intención.

Jacques Carabain, premiado también en muchas Exposiciones, nos trae una marina *Vue sur Quinto près de Gènes*, en las costas del Mediterráneo. Creemos que la apariencia de las aguas no está en armonía con el color del cielo.

Abundan los artistas premiados en esta galería. Comprendemos muy bien que Alberto Bellis lo haya sido en varias ocasiones. Una natura (sic) muerta que examinamos, es una credencial irrevocable para ser admitidos en el número de los muy notables artistas que en este género hemos visto en Europa. Un poco de paja, una botella, un vaso, un limón y unas ostras, son los objetos que nos brindan en una mesa para abrirnos el apetito y saborear aquellos deliciosos mariscos, tan al vivo pintados.

Otro premiado en muchísimas exposiciones y condecorado por el Rey de España con la Cruz de Carlos III, es el consumado maestro François Musin, y que a nuestro ver debiéramos otorgarle también un premio. Su marina *La mer à la Panne*, que analizamos, es de un

<sup>31</sup> Por *Aut*.

diversos, muy señaladamente el del paisaje en el cual la escuela belga es realmente superior.

Pintores de gran nota son los exponentes; y bien se ve que en ellos la savia artística corre abundante; como que son los sucesores de Van Diek (sic)<sup>32</sup> y Rubens, maestros creadores de la escuela flamenca.

Al comienzo de la galería nos tropezamos con una tela cuyo asunto es *Le Christ au Jardin des Oliviers* de L. Tygadt, artista premiado en varias exposiciones. El efecto de luz rembranesco que ha intentado, suponiendo a Cristo orando en la noche, iluminado por su propia luz divina, no lo creemos de todo en todo realizado, cuando la luz no está bien distribuida y hay por ello dureza y vaguedad al propio tiempo.

Bien contrariamente a ésta, ha pintado el mismo autor una acuarela *L'Antiquaire*, tan suelta en la manera, como propia en los detalles típicos.

*La leçon de musique* da frente a esta última, de Fanny Laumans: es una obra débil en la ejecución.

Continúa en el orden de la galería *La tireuse de cartes*, de E. E. Schepens: un efecto de luz no muy bien comprendido.

Henry Schouten, premiado en Amsterdam y Bruselas, tiene tres cuadros *Une famille espagnole*, *Prairie flamande*, *Pâturage hollandais*. El primero es de un mérito superior, mucha brillantez de colorido, y naturalidad extrema.

El segundo cuadro y el tercero son vacas y caballos, muy bien hechos.

John F. Hulk, hijo, tiene un cuadro *Une partie de plaisir*. El asunto pasa en el mar, y la dureza de la lancha y de los personajes embarcados,

<sup>32</sup> Por Van Dyck.

mérito sobresaliente. Desde luego descúbrense en este talento viril, la sinceridad y la justa observación, hermanadas con un colorido sólido y brillante, y una manera de hacer, amplia.

Hemos llegado al mejor de los cuadros en nuestro concepto, que tiene la galería. *Dolomite en Tyrol* de Richard Unterberger, artista premiado en Nápoles, París, Londres, Filadelfia y otros lugares; y que muchas de sus obras han sido compradas por el Emperador de Austria y el rey de Baviera.

El cuadro a que nos referimos es un paisaje del lugar donde se explotan en el Tyrol las canteras de ese mármol blanco granuloso fosfórico que llaman dolomita. Una serie de montañas, iluminadas por un sol de estío, se desenvuelven entrelazadas hasta perderse en los últimos términos sobre un cielo de tintas delicadas y transparentes. En el entre-llo y cerca del pie de las montañas, está el establecimiento minero y algunos obreros se ocupan en oficios del laboreo. Un asunto tan sencillo ha bastado al artista para producir una obra de efectos y encantos muy notables. Es una página viviente arrancada al libro de la naturaleza. Concurren en esta composición la fuerza de la escuela flamenca y la energía de la inglesa, que estudia profundamente el modelo, con sus más minuciosas variantes. Esto de los detalles en demasía que puede comprometer a veces la armonía general, no haya miedo que el artista no lo torne en favor de un realismo, que busca la belleza de lo invisible en la interpretación escrupulosa de lo visible, de lo palpable, en la obra de la naturaleza. Por lo demás hay franqueza y habilidad en la ejecución, colorido sóbrio y brillante, justa proporción en la escala de los valores, y mucha amplitud en la manera.

León Herbo es otro artista premiado. Tiene en la galería un cuadro cuyo asunto, por repetido, está muy vulgarizado: *Le pauvre musicien italien*; el efecto del hambre trasciende en toda la figura.

*Le retour de la Pêche à Scheveningue* (sic)<sup>32</sup> es una tela de Félix Cogen, premiado en Londres, París, Gand, Amien (sic).<sup>33</sup> El museo

<sup>32</sup> Por Scheveningen.

<sup>33</sup> Por Amiens.

de Gand posee uno de sus cuadros que le fué comprado en catorce mil francos. Recordemos, á propósito del cuadro que exhibe hoy, el pintor Mesdag de los Países Bajos, que en tan variadas formas ha reproducido el puerto de Scheveninge en sus telas expuestas en París, á tiempo que allí nos encontráramos, y que llamaron la atención por la vida y el movimiento en ellos puestos. El que nos pinta hoy el señor Cogen no nos da idea del gusto que ha de tener por la interpretación de las escenas reales de la naturaleza. El terreno tiene una solidez que no sufre los términos lejanos, de manera á percibirse dos atmósferas distintas; y las figuras del primer término, por escasez de sentimiento, no explican el carácter que ha querido dárseles. Acaso veamos de esta manera la obra del señor Cogen, por el recuerdo vivo que tenemos de Clays (sic),<sup>34</sup> su compatriota, célebre pintor de marinas, y orgullo muy legítimo de la escuela flamenca.

*La mère vigilante* de E. E. Impens, es un pequeño cuadro de buena intención, aun que se resiente de cierta dureza.

Tenemos de A. Velghe dos cuadros de flores y frutas: combinación acertada ejecución libre y colorido brillante,

François Roffiaen, ha alcanzado en muchas exposiciones medallas y recompensas honoríficas. Hay en la galería tres de sus cuadros. *Le Châteauf de Chillon*, *Vue en Suisse* (sic)<sup>35</sup> y *Marais en Campine*. El primero tiene detalles interesantes, pero su colorido no nos place, por lo que tiene de chillón en ocasiones. El segundo es un paisaje que tiene mucha majestad; sin embargo, la exageración de los detalles y el tono del colorido, desvirtúan en mucho su mérito, de tal suerte, que puede fácilmente confundirse con un cromo. El último lo conceptuamos como el mejor de todos. La tarde lánguida en sus reflejos empieza á oscurecer el campo, donde se advierten los campesinos que se retiran de las labores, en tanto que la luz brilla con mayor intensidad en un cielo de tintas transparentes. Decía Rousseau, el pintor paisajista, que para sus cielos él empleaba en los

<sup>34</sup> (Por Claez).

<sup>35</sup> Por Suisse.

Entre las esculturas observamos una tierra cocida de Edmond Florimond, *Le premier deuil*, de mucho sentimiento y la obra de Jean André Laumans. Una cabeza en mármol de un niño, bien modelada y un medallón del pintor flamenco Quentin Metsys, hecho con gracia y naturalidad.

Toda la colección de esta galería ha sido ofrecida al General Guzman Blanco en obsequio muy galante del señor Hugo Sassen, cónsul de Venezuela en Bruselas.

En otras secciones de la Exposición, se encuentran obras de escultura de una importancia relativa; y entre las mejores ha llamado nuestra atención, por la verdad del sentimiento que interpreta, un busto de yeso *Povero* de autor anónimo.

Ramón de la Plaza.

ERRATA.

Al hablar de las ofrendas, dijimos equivocadamente que la pequeña reducción de la estatua ecuestre de Bolívar, había sido presentada por el señor Lassère, cuando en realidad no corresponde sino al señor J. Leseur (sic).<sup>36</sup>

RÉPLICA DE RAMÓN DE LA PLAZA AL PINTOR BELGA FÉLIX COGEN EN TORNO A ALGUNOS COMENTARIOS HECHOS POR EL CRÍTICO A UN CUADRO DEL PINTOR BELGA EN LA EXPOSICIÓN NACIONAL DEL CENTENARIO DE BOLÍVAR (27 OCTUBRE 1883)

"Bellas Artes", *La Opinión Nacional*, Caracas, 31 octubre 1883, p. 3, 2ª-3ª col.

<sup>36</sup> Por Leseur.

de la mañana laca, que era el color fresco de la juventud; en los del medio día, el rojo oscuro, que es el color fuerte y sólido de la edad madura; y en los de la tarde, el vermellón (sic), como propia á expresar el último reflejo de la vida. Roffiaen parece inspirado en este procedimiento, dando á su cielo, no la languidez de la tarde en su caída, sino la próxima despedida de la luz que besa las nubes, y las colora con el vermellón y el negro combinados de manera á darles ese tinte violeta tan delicado como transparente; así por ello encontramos este cielo de un efecto poderoso y bellissimo.

Otra *Vue en campine* (sic) de Armand Dauhebande, se observa en la galería. Buena manera é intención sobrada de efectos, son los caracteres que la distinguen.

J. Van Keirsbick, profesor de la Academia de Bellas Artes de Bruselas, nos da una muestra de sus obras en *L'embarras du choix*. Asediada una dama por requiebros de amor de dos caballeros, no sabe por cual decidirse. No falta gracia á la composición, y en el semblante de la dama hay mucho del efecto buscado. Es extraño, sin embargo, que el artista haya traído á una sala donde se encuentra la dama en traje familiar, dos galanes vestidos de gran etiqueta, en traje de baile.

El pequeño cuadro de Emilio Delpercé *Lattente*, es un estudio muy bien entendido: hay en la expresión de la pescadora toda la atención y ansias del que espera. Jean Stobbaerts figura allí con unos perros muy bien pintados: están muy cerca de la carnicería, y olfatean las piltrafas que pueden regalarles.

Ludovico Cardon tiene *La mer*, acuarela hecha de mano maestra.

De Jean Mayné, profesor de la Academia de Bellas Artes de Ixelles, nos trae el estudio de una academia: es una especie de sarraceno tendido por los suelos en son de sucumbir, y lleva el nombre de *Vaincu*: no acertamos á apreciar cual sea el vencido, si el espirante ó el artista.

En el centro de la galería hay una obra bien hecha de una dama anónima, retrato á la pluma del Ilustre Americano.

Nuestro amigo el señor [Ramón de la] Plaza nos ha traído para publicar las siguientes cartas.

Bruselas, setiembre 23 de 1883.  
*Señor don Ramon de la Plaza,*

Caracas.

Estimado señor.

Acabo de recibir el artículo que usted ha tenido la bondad de consagrarme en *La Opinión Nacional*, referente á mi cuadro *Le Retour de la Pêche á Scheveninge* (sic),<sup>37</sup> presentado á la Exposición del Centenario de Bolívar, por lo cual le doy á usted testimonio de mi reconocimiento.

Aunque poco versado en el idioma español, he podido, sin embargo comprender, que usted ha juzgado mi cuadro como sobrado en detalles, ó mejor dicho, con alguna ceguedad en ciertas partes; y en contraposición cita usted nuestros compatriotas, hermanos en el arte, Mesday y Claeys (sic).<sup>38</sup> Estos artistas amigos míos y á quienes admiro grandemente, tienen en verdad un talento poco común, una manera amplia de interpretar la naturaleza y una pintura consistente, que en modo alguno pienso se muestren con igual fuerza en mi cuadro aludido; si bien es cierto que en sus cuadros la figura es lo accesorio, y su género es el de la marina propiamente dicho.

Así cuando las figuras forman el objeto principal del cuadro, cae uno de ordinario en la ceguedad, obligado como se está á señalar en el dibujo la forma de esas mismas figuras, aunque en realidad nuestra manera sea comunmente más amplia. Prueba de esto último son las telas que anualmente expongo en París, todas de grandes dimensiones. En la ejecución de *Le retour de la Pêche*, de la Exposición

<sup>37</sup> Por Scheveningen.

<sup>38</sup> (Por Claez).

del Centenario, he obrado distintamente, como que siendo la vez primera que enviaba mi obra á vuestro país, éranme por completo, en materia de arte, desconocidos los sentimientos de sus habitantes. Me complazco hoy en reconocer un error que acaso me hizo ir más lejos de los que pensaba.

Sea de ello lo que fuere, permitidme, estimado señor, ya que tanto interés mostráis por las bellas artes, que os diga en prueba de mis afirmaciones, que existen cuadros míos en los Museos de Gand, Londres, Liege, Spa, Namur, Melbourne; y que he obtenido medallas en Lyon, Londres, Paris, Gand, Amiens, Melbourne y Amsterdam.

Con los sentimientos de mi consideración, os reitero, estimado señor, la expresión de mi sincera gratitud.

Felix Cogen

(Traducción)

Caracas, octubre 27 de 1883.

Señor Felix Cogen, Artista pintor.

Bruselas.

Estimado señor:

He tenido la complacencia de leer su muy atenta nota fecha del mes de setiembre último, encaminada á manifestarme sus observaciones acerca del juicio que de su cuadro *Le Retour de la Pêche* hice con motivo de la Exposición de bellas artes en el Centenario de Bolívar.

Satisfacción muy grata he tenido, estimado señor al ver confirmadas por usted, con toda la sinceridad de su talento verdaderamente superior, los escasos reparos que juzgué necesario hacer al cuadro á que arriba me refiero; y que en verdad no fueron anotados, sino como advertencia muy cordial hecha al artista entendido, que por alguna circunstancia lamentable, privó en la

REITERADOS ELOGIOS DE RAMÓN DE LA PLAZA HACIA ANTONIO HERRERA TORO Y SUS PINTURAS EN EL PRESBITERIO DE LA CATEDRAL DE CARACAS (21 MARZO 1884)

"Triunfos del arte", *La Opinión Nacional*, Caracas, 21 marzo 1884, p. 2, 3<sup>a</sup>-5<sup>a</sup> col.

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Estimado amigo,

Con motivo de la honrosa invitación que nos hizo el Ilustre Jefe del estado para acompañarle á la S. I.<sup>40</sup> Metropolitana, y ver allí los cuadros que ornamentan el Presbiterio, pintados por Herrera Toro, nuestra complacencia fue mucha por la apreciación imparcial y concienzuda que de ellos hizo el Magistrado, sin espíritu de prevención, y guiado por el estudio, la percepción clara y la observación profunda, que todo ello determina en sus juicios, al par que el interés y la satisfacción propia, la mayor prenda de seguridad para el artista.

Juzgar de una obra con la conciencia de la verdad para estimularla dándole su justo valor, y formular por ese medio el juicio público, es labor meritoria de una crítica que alienta al talento, da vida al arte, y recompensa justiciara los nobles esfuerzos. Es prestar mano amiga, en las crudas faenas, al artista que empieza confortándolo con benévola sonrisa en el áspero camino que emprende; es mostrarle en los horizontes del porvenir la deseada esperanza.

Muy contrariamente es este obrar el de esos espíritus mezquinos que denigran á la continua la obra del arte, sin previo examen ni

<sup>40</sup> Santa Iglesia.

ocasion su obra de aquella inteligencia en la manera que de ordinario se acostumbra, apareciendo por tal medio su mérito menguado.

Comprendo que un artista en el género de la marina pueda optar por las escenas variadas del mar y sus costas, ó bien por las que en tierra puedan ocurrir como lo principal; pero no alcanzo á determinar las razones, que en el último caso, impongan la ceguedad (sic)<sup>39</sup> como resultado del dibujo en la forma de las figuras, cuando precisamente aquella se produce mayormente cuando faltan la corrección y suavidad de las líneas y la amplitud en los contornos. En ningún caso juzgo que el dibujo como manifestación obligada de la forma pueda dañar el efecto, siempre que haya en él la sobriedad y pureza requeridas.

Muy excusable es, á mi ver, el motivo que obró en usted para preferir, en su cuadro enviado á nuestra Exposición, la manera demasiado acabada, como que es la más propia á halagar el gusto de personas no versadas en el estudio y la práctica de las buenas obras. Verdad es que entre nosotros es lenta la propagación del arte, y pocos los que á su estudio se dedican; así no es de extrañar que su importancia se tenga en ménos de lo que se la dá en Europa, donde su poder es realmente una potencia social cuya acción viril y constante forma y dirige el criterio público. Esto, sin embargo, bueno es que el artista al implantar su obra en regiones extrañas, la (sic) dé la luz bastante á disipar las sombras y fecundizar el áspero y estéril terreno. La misión del artista es de redención, y usted que tiene probadas sus armas en honrosas lides, no ha menester por cierto de decir lo que dijo Virgilio cuando estuvo entre los Scytas.

"Barbarus hic ego sum; quia non intelligor illis."

Con sentimientos de mi consideración me suscribo de usted muy atento servidor.

Ramón de la Plaza.

<sup>39</sup> En una aclaratoria publicada en una entrega ulterior del periódico, Ramón de la Plaza señala que donde el cajista escribió "ceguedad" él quiso decir "sequedad".

reflexión, sin embargo; y que amargan siempre con el anatema los propósitos felizmente realizados, y niegan el mérito reconocido rebajándolo por los suelos; como que, por tal coyuntura, hay causa para ellos de complacencia y satisfacción, condenados como están á sufrir el martirio de la gloria ajena.

Como antes lo hemos dicho, Herrera fue enviado á Europa por el General Guzmán Blanco á cursar sus estudios de pintura. Prestóle entonces apoyo eficaz, y hoy el artista crece á merced de sus merecimientos, que son obra toda de la persistente protección con que le ha favorecido su generoso Mecenas.

Valga en la ocasión, para justificarnos mayormente, insertar aquí lo que digimos del artista cuando terminados los cuadros de la Metropolitana á que hemos hecho referencia, y que han sido juzgados luego por tan alta manera por el Ilustre Jefe del Estado.

[Ramón de la Plaza inserta aquí al pie de la letra la casi totalidad del artículo que sobre estas pinturas publicara en el mismo diario un bienio antes, el 24 marzo 1882, artículo que hemos transcrito más arriba]

(...)

Su afectísimo amigo,

Ramón de la Plaza.

Caracas: marzo 20 de 1884.